

# REVISTA UNIVERSITARIA

ORGANO DE LA UNIVERSIDAD DEL CUZCO

AÑO XVI

PRIMER TRIMESTRE DE 1927

Nº. 54

ano ~~XVI~~ XVII

## Sumario:

El rol de la mujer en la  
civilización antigua peruana.

Conversación dada en la  
Universidad por Rebeca  
Carrion Cachot.

Puntos de orientación de  
la Filosofía Moderna.

Por Benedetto Croce.

### SUPLEMENTO.—

5ª entrega de "Explora-  
ción e Incidentes de Viaje  
en la Tierra de los Incas"  
de G. E. Squier.

La descripción más completa de los  
monumentos incaicos del Cuzco.  
Primera versión del texto inglés por  
el catedrático Dr. Federico Louce de  
León.

Precio: \$ 1.00 ejemplar

Editorial H. G. Rozas

### El Rol de la Mujer en la Civilización Antigua Peruana

---

(Conversación dada en la Universidad del Cuzco, por Rebeca  
Carrión Cachot, en agosto de 1926.)

---

Señor Rector,  
Señoras,  
Señores:

Expreso mi más vivo agradecimiento al Señor Rector de esta ilustre Universidad por el honor que se ha dignado conferirme, invitándome a que dé una conversación; y suplico al selecto público aquí reunido, se sirva excusar las deficiencias que en ella encontrará.

El tema que he escogido es "El Rol de la Mujer en la Civilización Antigua Peruana".

---

Los antiguos peruanos alcanzaron un alto grado de civilización exteriorizado en sus obras monumentales y artísticas. Y esto no es el producto de una fantasía, sino un hecho real e indiscutible. Las exploraciones y excavaciones arqueológicas que se vienen practicando, permiten hacer tal afirmación. Ruinas de numerosas y extensas ciudades; de caminos, fortalezas, palacios y templos; de represas y canales de irrigación; de campos agrícolas y terrazas de cultivo; y, en general, los innumerables objetos artísticos extraídos de sus tumbas, son testimonios fidedignos y los mejores exponentes de la notable civilización desarrollada

por los peruanos antes de la Conquista.

En esa obra realizada brillantemente durante siglos, cabe preguntar ¿qué papel desempeñó la mujer?, ¿qué parte del éxito le corresponde a ella?, ¿cuál fué su participación en la cultura peruana? De esto voy a ocuparme, y en forma breve, a fin de no abusar de la benévola atención de las cultas personas que me escuchan.

Sabemos que la civilización es la resultante del esfuerzo humano en el afán de adquirir perfeccionamiento físico y moral. Es la suma de actividades desarrolladas desde el estado natural de vida nómada y salvaje, hasta el estado artificial de vida sedentaria y culta. En esta ardua tarea, en este anhelo de dominar la naturaleza, en esta lucha incesante por la existencia, en este deseo de asegurarse el bienestar, comparten mano a mano el hombre y la mujer. Cada uno aporta su contingente de acuerdo con su espíritu: individualista y especulativo el primero, y social práctico la segunda. Estos dos espíritus o tendencias, aparentemente opuestos, marchan siempre unidos en las conquistas del progreso. Así los vemos actuar, en el salvajismo, en la barbarie y en la civilización.

Sin embargo, en el Perú mucho se ha escrito ensalzando la obra del hombre, pero se ha olvidado al otro factor del progreso, a la mujer.

Yo, desde luego, no voy a seguir a la mujer a través de su larga historia. Voy sólo a tratar de su participación en algunos de los más sobresalientes aspectos de la civilización precolombina, como son los progresos en la agricultura, y en las Bellas Artes. Mi punto de vista es de mera apreciación, casi personal, basada en el estudio de los documentos arqueológicos que atesoran los Museos Nacionales de Lima.

Hay un hecho que, en mi concepto, ha pasado desapercibido a los historiadores, y que yo considero de importancia por que su influencia se advierte en casi todos los actos que informan la antigua cultura pe-

ruana, y es: que la educación tuvo como base la nivelación física e intelectual de hombres y mujeres. Ambos disfrutaron de los beneficios de la vida del campo y recibieron igual educación. Esto hizo de la población una raza vigorosa y fuerte, y aseguró más rápidamente el progreso. Las crónicas de la conquista consignan que se educaba al niño con cierto rigor; que desde el primer día de nacido se le bañaba en agua fría, muchas veces serenada, con el objeto de fortalecerle los miembros; que se le colocaba en cuna independiente al cuarto día, y poco a poco se le preparaba para la vida ruda del campo. Garcilaso y Cobo hacen mucho hincapié en aquello de que por muy noble que fuera el niño no se le engreía. Más tarde, cuando llegaban a la pubertad, las niñas al igual que los niños, competían frecuentemente en torneos destinados a estimular el desarrollo físico. Cobo y Molina describen con todo detalle algunas fiestas campestres en las que las muchachas tomaban parte activa en todos los ejercicios gimnásticos.

En ceremonias gentílicas que todavía perduran en la sierra, aunque muy adulteradas, como del Wara Chicu y la del Wari Runa, la exposición de estos ejercicios de competencia física forma parte principal de sus programas. La primera ha sido descrita por gran parte de los cronistas, y la segunda la ha dado a conocer recientemente el Dr. Tello. En esta ceremonia de carácter agrícola, hay un pasaje muy interesante en el que se autoriza el matrimonio de los jóvenes prometidos que hubieran salido victoriosos en las pruebas de resistencia física. En la última prueba la novia está obligada a presentar a un tribunal de ancianos, en tiempo fijo e improrrogable, ciertas flores simbólicas que son muy difíciles de obtener y conservar frescas porque crecen en lugares muy elevados y a considerable distancia del sitio donde se realiza la ceremonia. Igualmente, el novio está obligado a presentar en el mismo tiempo una clase especial de paja o ichu que

crece en las punas y lugares agrestes. Si se llena este requisito, el tribunal augura una vida feliz a los contrayentes, y los declara capacitados físicamente para sostener el hogar.

No es aventurado suponer que las grandes avenidas amuralladas que ha descubierto últimamente el Dr. Tello en las ruinas inkaicas de Cañete, y que se extienden sobre la llanura hasta dos kilómetros al pié de un cerro elevado, no sean sino restos de antiguos campos exportivos.

Pasando ahora a la participación de la mujer en los progresos materiales alcanzados por los antiguos peruanos, voy a referirme en primer lugar a la agricultura, que considero como la base sobre la que descansa la civilización peruana. Los antiguos explotaron el suelo para asegurar su bienestar económico. No omitieron esfuerzo alguno por cultivar tanto las punas frías de la sierra como los desiertos áridos de la costa. Vencieron la naturaleza estéril construyendo canales de irrigación que conducían las aguas desde las más altas y lejanas cordilleras hasta los llanos de la costa, atravesando en su recorrido cerros escarpados y quebradas. Estos canales que compiten con las mejores obras de ingeniería moderna, desafían el tiempo, y aun son aprovechadas en las irrigaciones que se llevan a cabo en la actualidad. Vencieron la naturaleza agreste con sus cultivos artificiales que convirtieron en bellos jardines y campos de exuberante vegetación las faldas y cumbres de las montañas.

El Cuzco y sus alrededores nos ofrecen los mejores testimonios sobre el particular. Emocionada he contemplado la grandiosa obra agrícola que se levanta frente a las ruinas de Ollantaytambo o Tampu. Los andenes o terrazas de cultivo se suceden en número de 20, 40, 60 y más, hasta alcanzar la propia cumbre de las montañas. Estas gigantescas escaleras se extienden en un espacio de tres o cuatro kilómetros, y se hallan defendidas por fortificaciones o torreones construí-

dos en las salientes de las montañas. Hoy todo este trabajo maravilloso se halla abandonado, pero quizá algún día en que se de mayor valor a la agricultura, pueda ser aprovechado. Cuánto esfuerzo, cuánto sacrificio, y qué admirable organización social delata su construcción.

En esta obra agrícola que puede calificarse como gigantesca, la mujer tuvo una participación directa. Y esta participación comienza desde los orígenes mismos de la agricultura. Trasladándonos con la imaginación al estado salvaje, la labor de la mujer en las faenas agrícolas no tiene límite. Ella es la que aprovecha los productos de su medio geográfico; la que utiliza las yerbas silvestres, las plantas alimenticias y medicinales, las cortezas de los árboles, las fibras y tintes de ciertas plantas, las tierras de propiedades tintóreas, etc., para fabricar objetos de uso doméstico, o religioso. Ella es, en suma, una fuerza de ahorro y progreso, y a la que legítimamente le pertenece el descubrimiento de la agricultura.

Su labor no queda allí. Ella contribuyó en todos los trabajos que aseguraron el progreso agrícola del antiguo Perú; ella tomó parte activa en todos los trabajos comunales. Por otra parte, la organización social de los Inkas lo permitía, porque tuvo como base: el trabajo cooperativo comunal; y eran miembros de la comunidad inkásica tanto los hombres como las mujeres, y estas estaban obligadas a prestar su concurso en las obras públicas. Esto no es una exageración, porque aun en la actualidad, especialmente en la sierra, la mujer continúa prestando muy importantes servicios en las labores agrícolas.

Ahora es de advertir que los centros de mayor desenvolvimiento agrícola corresponden a los centros de mayor civilización, como sucede con Chanchán, Pachacámac y Cuzco.

Chanchán, metrópoli del Gran Reino del Chimú es una de las ruinas de ciudades que más me ha sugestio-

ado por su grandiosidad. Según Wiener y Squier se levantaba magestuosa en medio de jardines y extensos campos de vegetación, atravesados por canales que corrían en diferentes direcciones, a la manera de las arterias que mantienen la vida del organismo. Esta ciudad encierra las obras arquitectónicas más bellas: palacios y templos de preciosos arabescos. Esta ciudad fué la sede de los Reyes Chimú, y donde las artes alcanzaron su mayor esplendor. Aquí tuvieron su apogeo la cerámica, el arte textil, la pintura y la orfebrería. Aquí debieron existir talleres y escuelas especiales donde se cultivaban las Bellas Artes, y de las que paso a ocuparme porque es en ellas donde la mujer desplegó sus aptitudes intelectuales y emotivas.

La cerámica es una de las mejores manifestaciones artísticas del antiguo Perú. Adquirió su más poderoso desenvolvimiento en Chanchán y Nasca. Ambos constituyen dos centros rivales. El uno exalta la forma, imita la naturaleza, y crea el modelado escultórico; el otro, exalta el colorido y crea la pintura; el uno es realista y profano, y el otro idealista y místico.

Estas dos corrientes artísticas nos brindan dos fuentes valiosas de información sobre el pasado del Perú. La Cerámica de Chicama constituye el mejor libro histórico, por ser esencialmente realista, naturalista. Yo considero posible reconstruir gran parte del pasado, con los datos que aporta esta cerámica. Los antiguos peruanos no dejaron libros, pero en cambio dejaron en sus tumbas ese maravilloso registro de su vida. El artista muchika no sólo copió en la arcilla los seres de la naturaleza: flora, fauna, etc., sino los más insignificantes aspectos de la vida, y aún sus concepciones religiosas. En esculturas o pictografías aparecen los hombres y las mujeres en sus diversas ocupaciones. Las mujeres aparecen unas veces recolectando los frutos, otras transportando las cosechas, otras tejiendo, otras preparando alimentos, otras pro-

digando cuidados al niño, otras en ceremonias festivas o religiosas, etc. etc.

La cerámica de Nasca ofrece un estilo diferente. Predominan las pictografías, y se trasluce en ellas el sentimiento místico que las inspiró, pues gran parte de las representaciones son de carácter místico o religioso.

Ahora bien, la cerámica que en sus dos más notables representaciones: escultórica y pictórica ofrece ejemplares de una perfección artística acabada, a cargo de quien estuvo? ¿Los talleres donde eran fabricados no serían de mujeres? No podría ser atribuido a la mujer este arte? A la mujer le cabe, por lo menos, el mérito de la invención. Fué ella la que en un principio, de acuerdo con su espíritu ahorrativo y previsor, fabricó vasijas donde depositar los alimentos. Cuando las cortezas duras de ciertos frutos le fueron insuficientes para satisfacer dichas necesidades, ocurrió al barro para reproducirlas, y dió origen así, a un tipo especial de cántaros que afectan la forma de frutos, y que con alguna frecuencia se hallan en la antigua cerámica del Perú.

Más tarde inspirada por el sentimiento religioso, transformó la vasija de carácter utilitario, en ceremonial. La mujer se esforzó por llevar las mejores ofrendas a sus dioses, y para ello fabricó los más bellos y artísticos cántaros. Fué la mujer, y no el hombre, la que en las procesiones a los lugares sagrados conducía sobre sus hombros el producto de sus esfuerzos. Una bella ilustración de esto nos la dá un objeto de arcilla escultórica, de Nasca: Representa una procesión sagrada: adelante van dos personajes con recargados tocados, en seguida un sacerdote regiamente vestido sonando una antara y con un perrito o llama debajo del brazo, y detrás dos muchachas llevando sobre los hombros infinidad de cántaros e instrumentos musicales. Completan el cuadro unos perritos, o mejor, llamas, que en número de cuatro van a los lados.

Puede considerarse, pues, la alfarería como un arte de carácter femenino.

Y qué diremos del arte textil que por sí sólo constituye uno de los mejores exponentes del grado de cultura alcanzado por los antiguos peruanos?

Dos elementos naturales: la lana y el algodón, la primera suministrada por el ganado, que según los cronistas solo podía contarse por millones, y el segundo por los ricos cultivos que se hacían en la costa, fueron convertidos por la mujer en artículos de indumentaria, y en obras de arte. Estos dos materiales fueron la base de todo un arte, que, a través de los siglos y a pesar de los progresos mecánicos, causa la admiración de los técnicos del arte textil moderno.

Los Museos están llenos de mantos bordados, gasas, mallas, deshilados, tapicerías y brocados. Aparte piezas lujosas de uso personal, como túnicas o unkus, cumpis y llikllas, encontramos tapices riquísimos orlados de franjas o flecos, de todas dimensiones, y decorados por lo general con figuras mitológicas, lo que hace suponer que eran usados en el servicio del culto, ya sea en la ornamentación de los templos ó en los sacrificios que realizaban en honor de sus divinidades.

Los tejidos peruanos impresionan gratamente por la armonía de los colores, el ritmo de la composición y disposición de las figuras, la estilización de ciertos motivos decorativos, y la complicada textura hecha a puntadas diminutas y delicadas. Todo esto hace pensar que sus autores tuvieron espíritu artístico, y un concepto elevado de la belleza.

El arte textil debió constituir una de las máspreciadas ocupaciones de la mujer. En todo el país habían escuelas o talleres, denominados de Mamakunas, cuyo funcionamiento fué regularizado por los Inkas, y en donde se fabricaban las telas que hoy admiramos. Los cronistas españoles que dedican largos capítulos a estas instituciones, hacen una descripción muy viva de

estos talleres, de sus diferentes categorías, de su organización y administración, y de los requisitos indispensables para el ingreso de las candidatas. Según la condición social a que pertenecían éstas, se les señalaba el taller o escuela correspondiente. En algunos talleres sólo se fabrican los tapices y ornamentos de los templos, y todo lo relativo al culto. En otros, las vestiduras regias del Inka y de la Koya; y en otros, la indumentaria destinada a los almacenes del ejército, o a los artesanos que estaban al servicio del Inka. Sólo las niñas de sangre real ingresaban a los talleres de la primera categoría; y para el ingreso a los otros talleres, sólo se tenía en consideración, las aptitudes de las candidatas.

Una magnífica ilustración de taller textil de Mamakonas, es la que ofrece, en mi concepto; una pictografía que ornamenta un cántaro de Chicama, dado a conocer por Tello y Joyce. En dicho cántaro se ven varias muchachas tejedoras afeitadas en fabricar tapices semejantes a los que existen en los Museos. Se hallan en compartimentos unipersonales, sentadas delante de su telar; a su lado tienen ovillos, husos y el modelo de los dibujos que van reproduciendo en sus telares. A la entrada del taller se hallan las guardianes que reciben de otras personas los alimentos destinados a las tejedoras.

Gracias a esta pictografía que registra un taller de Mamakonas, y a todo el material accesorio de arte textil que existe en los Museos, como son telares, agujas de cobre, plata, hueso y espinas, husos, peines y dedales, nos podemos formar un concepto claro del grado de progreso que alcanzó este arte en el antiguo Perú, debido casi exclusivamente a la mujer.

También en los trabajos de orfebrería, quizá no sería arriesgado suponer que la mujer tuvo cierta participación. Sabemos que las antiguas apreciaron y explotaron los metales preciosos como el oro y la plata, lo mismo que el cobre y el plomo; que no les fueron desco-

nocidas las aleaciones y los baños de oro y plata, que tuvieron hornos de fundición, calderas, etc. Ahora bien, existe un gran número de joyas femeninas de mareado gusto artístico, que bien podrían haber sido fabricadas por la mujer en su natural deseo de adornarse. Ella usó el oro y la plata en sus vinchas y diademas, brazaletes y anillos, collares y gargantillas, orejeras y tupos o alfileres, de que abundan tanto nuestros Museos.

La alta civilización alcanzada por los antiguos peruanos, no fué pues, obra exclusiva del hombre. La mujer aportó su contingente desde los albores de la cultura hasta su culminación con el Imperio de los Inkas.

Todas estas consideraciones, nos llevan a afirmar que la condición social de la mujer en el antiguo Perú, no fué la de la esclavitud, como erróneamente creen algunos. Seguramente que estaremos más cerca de la verdad, si afirmamos, que en aquellos tiempos la mujer gozó de libertad y de derecho iguales a los del hombre. En muchos lugares de la costa, fueron mujeres como las Capullanas o Tallaponas, citadas por los cronistas, las que gobernaron. Las Koyas en repetidas ocasiones, asumieron con igual acierto que sus maridos el mando del imperio, cuando situaciones de atención inmediata obligaban al Inka a ausentarse del Cuzco.

El predominio de la mujer arranca de muy lejos. Existen en toda Sud América restos de lenguas indígenas habladas exclusivamente por mujeres, lo cual hace pensar en una extinguida organización social a base femenina; y es bien sabido que existían en nuestro oriente, a la llegada de los españoles tribus gobernadas por mujeres, lo que dió origen al nombre de Río de las Amazonas.

Para convencernos de que la condición de la mujer no fué la de la esclava, vasta tener en cuenta el carácter artístico de sus obras. Si el progreso de las artes

se debe principalmente a la mujer, no se concibe que ellas hubieran sido cultivadas por mujeres privadas de libertad y de impulso emotivo, que son los únicos que codicionan las creaciones artísticas. Por otro lado la tierra, el mar, el maíz, esto es Pachamama, Mamakocha y Zaramama, eran divinidades femeninas, adoradas por los beneficios que prodigaban a la humanidad. Simbolización que puede ser mirada como un homenaje rendido a la mujer por su contribución en los progresos culturales,

En suma, la mujer en el antiguo Perú fué un factor positivo de progreso, y desempeñó un rol, importante en la alta civilización precolombina al impulso del sentimiento religioso y de la libertad.

Cuzco, 30 de agosto de 1926.

REBECA CARRION CACHOT

## Puntos de Orientación de la Filosofía Moderna

---

Un colega italiano que no ha podido trasladarse para estar personalmente con ellos, envía un saludo a los estudiosos en filosofía llegados de todas partes del mundo a la libre América para celebrar el sexto congreso internacional del ramo y no se priva del placer de mantener con ellos, desde lejos, una conversación.

Una conversación que quiere ser muy sencilla y a la buena, semejante a esas que se estilan en familia acerca de asuntos domésticos, cuyos antecedentes y circunstancias se conocen con pelos y señales y que se procuran esclarecer mejor en sus términos para llegar a conclusiones prácticas.

Creo que muchos, si no todos los estudiosos de filosofía, estarán dispuestos a reconocer, como cosa de hecho, que dos concepciones han llegado a ser anticuadas y casi extrañas al espíritu moderno: dos palabras han perdido autoridad y hasta se prestan a la sospecha y a la broma: la de metafísica y la de filosofía sistemática o definitiva. De metafísica, esto es, de la búsqueda que se haga a propósito de una realidad que esté por arriba o más allá de la experiencia; y de filosofía sistemática, esto es, de la construcción que se haga de un sistema hermético, que pretenda encerrar de una vez para siempre en sus cuadros a la realidad o la suprema realidad.

Es un doble derecho que, para quien mire bien, se muestra como doble aspecto de una única negación, la

negación de un mundo trascendente y, por ella, de la filosofía concebida como teología. En efecto: sólo el presunto conocimiento de un mundo trascendente trae consigo la exigencia de un sistema cerrado y definitivo, de una verdad inmovible frente al conocimiento histórico de los hechos transeantes, del mundo que siempre es transeunte o deveniente.

Cierto es que aun hoy mismo hay quien no se resigna a esa desafección, a ese despego del espíritu moderno por la metafísica y los sistemas cerrados; pero por mi parte lo reputo bien fundado, y podría fortificar mi personal convencimiento con sólo apelar al consenso de los más altos intelectos de la Edad Moderna y hasta a la tendencia y al comportamiento de toda la Edad Moderna en aquello que tiene de prominente y de propio, si una demostración histórica no estuviese fuera de lugar cuando se habla a personas adoctrinadas. Es archisabido que la concepción de una metafísica y de un sistema cerrado surgió en la antigüedad y culminó en la escolástica medioeval, y que contra ella reaccionaron: el Renacimiento con el valor dado al humanismo, el racionalismo y el empirismo del Seiscientos, y el Setecientos, el idealismo con su historicismo, el positivismo con su naturalismo, y que en la corrosión de la trascendencia (así sea entre las ondulaciones y persistencias, y parciales retornos o tentativas de retornos) laboraron Bruno y Vico, Locke y Hume, Descartes y Kant, Hegel y Comte. Y está a la vista de todos la fisonomía de la sociedad moderna, tan diversas de la medioeval y tan poco ascética. Y eso de que la historia moderna haya pasado a través de las guerras de religión para llegar al concepto de la tolerancia, no quiere decir en definitiva otra cosa como no sea que la verdad estática ha mermado su poder en la profundidad de las conciencias, porque esa tolerancia sólo resulta efectivamente posible debido a la indiferencia o cuando menos al lugar secundario a que ha sido confinada la teología. Para reproducir la

reprueba negativa basta señalar la condena que con lógica inflexible, tiene la Iglesia católica tanto para la filosofía moderna como para todo cuanto se refiere al mundo moderno, expresada en el "Syllabus" y a su neta negativa a historizarse, aceptando el concepto de la evolución, como se ve en la condenación del modernismo.

Si la filosofía no proporciona ni un conocimiento de lo trascendente, ni una verdad definitiva, claro es también que ella no puede ser sino experiencia, inmanente como la experiencia, en perpetuo crecimiento y devenir como la experiencia.

De donde más de una vez se nos ha urgido a deducir la consecuencia de que entonces la filosofía ha cesado de desempeñar un oficio legítimo; y más de una vez se ha pronunciado la palabra "liquidación de la filosofía," sustituida ahora por el saber histórico y científico. Pero la verdad es que la que ha sido "liquidada", o está en vías de continua liquidación, es tan sólo la filosofía trascendente y teológica, y que con el liberarse de ella, la filosofía verdadera y propia ha aseverado mas enérgicamente, y de un modo más conforme a los tiempos, su propia naturaleza: la cual consiste en las indagaciones concernientes a las categorías de la experiencia, las ideas o los "valores", según agrada ahora llamarlos, o, en otro términos, el espíritu en sus formas y en la dialéctica y unidad de sus formas. Se podría, además, por esta parte, demostrar con un examen histórico que la filosofía genuina no ha sido otra cosa que eso, aun en la antigüedad, aun en la Edad Media, para no hablar de los tiempos modernos que han producido el Discurso sobre el método, la Ciencia nueva, la Crítica de la razón pura y la Logi-hegeliana; que la misma concepción teológica y trascendente, cuando no ha representado el elemento negativo contra el cual combatía ella y desarrollaba sus propias fuerzas, ha sido el disfraz con que, más o menos conscientemente, se ha cubierto, al abrirse su ca-

mino: y que, en suma, todas las adquisiciones realmente hechas por la filosofía se contemplan como perfeccionamientos de nuestros conocimientos acerca de los modos como el espíritu obra para producir la ciencia y el arte y la acción práctica y moral y particularizando todo lo demás. Pero dejó y sobreentendiendo, por la misma razón antes aducida, las testificaciones de la historia de la filosofía.

Más bien es útil advertir que esta concepción de la filosofía no restablece para nada, en forma variada, la trascendencia y la estaticidad, con la pretensión de dar el sistema definitivo de las eternas ideas o categorías o valores que rigen la experiencia. Es verdad, si tal fuese su fin, la filosofía podría economizarse sus afanes: y cuando así es presentada, no hay para qué rebatir, y más bien es preciso aprobar la sonriente sentencia: que las conclusiones a que llega fatigosa y abstrusamente la filosofía, son las mismas que el buen sentido o el sentido común ya posee sin ella, porque en cada uno de nuestros actos y en cada uno de nuestros dichos están presentes las categorías que el lenguaje común designa con las palabras de verdadero, de bien, de bello y otras semejantes, y que trata como cosas íntimamente conocidas y transparentes. Las categorías son categorías precisamente porque son lo que "semper", ubique et ab omnibus" está reconocido como real y en acción. Pero precisamente por eso yo no he dicho que la filosofía descubre o determina las categorías, aun cuando sus indagaciones conciernen a las categorías, o sea: formulan y resuelven siempre nuevos problemas que el desenvolvimiento de la vida y la necesidad de hacer y de juzgar hechos siempre nuevos, ofrecen sin cesar al espíritu, a tenor del dicho del poeta que lo que se posee siempre es preciso ganárselo de nuevo. Aquel que ame las comparaciones y las imágenes un tanto materiales, puede representarse las categorías como los instrumentos con que se forja la materia y en el trabajo se desgastan y se demuestran inadecuados.

cuados, y la filosofía como la técnica que los restaura y los readapta. Y continuando en la comparación, podría agregar que, así como los instrumentos no son instrumentos efectivos sino en el trabajo para el cual se consumen, así también la filosofía no es real y concreta sino por la experiencia y en la experiencia, o, para designar eso con un amplio vocablo, en la historia. y continuaría bien y llevaría a término la proposición de la unidad de filosofía y construcción histórica, de filosofía e historiografía.

Creo que después de esas aclaraciones no parecerá demasiado paradójica la definición que se me ha ocurrido proponer de la filosofía como el momento abstracto de la historiografía o la metodología de la historiografía. Porque el conocer que nos interesa en verdad, y el solo que nos interesa, es el de las cosas particulares e individuales, entre las cuales y de las cuales vivimos y que de continuo transformamos y producimos, sumergidos no ya en la realidad como en un ambiente exterior, sino todo uno con ella: cosas particulares e individuales, que son lo universal mismo, como aquel tal "fruto" de que Hegel y que era nada menos que "las frutas". Y parece, a veces que se puede prescindir de la filosofía, o, lo que es lo mismo, de la metodología; y en cierta medida se prescinde, cuando nuestro juicio corre libre, o sea sin muchos obstáculos, y las definiciones implícitas son en sus términos vívidas de luz. Pero tan pronto como nuestro juicio, por la complejidad de los hechos o por las pasiones que lo turban, se detiene embarazado y casi parece que su criterio se extravía, nace la duda, y con la duda la necesidad de reconstituir y de redefinir, esto es, de filosofar; lo que sólo consiente al pensar histórico, al juicio sobre las cosas, que reemprenda su curso. A nuevos hechos, nuevo filosofar; pero puesto que los hechos viejos viven en los nuevos, la filosofía es de consuno transeúnte y eterna, jamás estática; y sin envanecerse nunca en el sentido del fenomenismo, ella tiene su existen-

cia, no como sistema definitivo, sino como perpetua cadena de sistematizaciones.

La dignidad que, en esta concepción de la filosofía asume la historia, importa ciertamente una oposición, pero una oposición precisamente a la metafísica y a la trascendencia, de que ya he hablado al principio. Es extraño (y sea dicho al pasar) cómo ha sido ella a menudo sobreentendida casi como una oposición a la ciencia, o sea a las ciencias naturales. El sostén principal de ese sobreentendido es quizá el persistente dualismo en que aun se está detenido, de historia y naturaleza, puestas mitológicamente como dos entidades metafísicas, allí donde no son otra cosa que dos modos gnossológicamente diversos de elaboración mental de la única realidad: uno, un modo puramente teórico; otro, un modo teórico-práctico. Pero toda vez que se prescindía en las ciencias de lo que es en ellas subsidiaria abstracción y esquematismo didascálico, se ve que ellas, a la par de la historia, indagan y piensan, y conocen los hechos particulares e individuales en su devenir y por eso son historia, y ni siquiera, rigurosamente hablando, una historia natural frente a una historia humana, sino una historia viviente y espiritual como ésta, y ni más ni menos que ésta, que, por lo demás, también, con el uso de la abstracción, puede ser bajada y ha sido bajada a naturaleza y a abstracta historia natural. Por un lado, los conceptos históricos de evolución creadora, de lucha por la vida, de triunfo del mejor, y otros semejantes, entrados en las ciencias naturales; y por otro lado, la conciencia a que se ha llegado, por obra precipua de los teóricos de las ciencias naturales, acerca de los elementos abstractos y convencionales, y las exigencias de economía mental a que ellos dan forma, tienden precisamente a poner en claro que el contenido cognoscitivo de las ciencias naturales es contenido histórico; como, el desarrollo del pensamiento histórico tiende cada vez más a distinguir entre lo que es historia pura y neta y lo que es abstrac-

ción y esquematismo histórico, entre historicismo y sociologismo.

Una respuesta análoga es de dar a otra objeción, que una filosofía así entendida es irreligiosa, o, por lo menos, arreligiosa, y que es carente del sentimiento del misterio. Sin duda, ella es opuesta a la concepción trascendente y, por consecuencia, mitológica de la religión, pero puesto que la efectiva religiosidad humana no es i no ha sido nunca otra cosa que esfuerzo y confianza de purificación y de elevación, anhelo y trabajo y goce por la verdad y por el bien, esta filosofía moderna y humana admite en sí toda cuanta seria y sincera religiosidad puede haber en el mundo. Y puesto que la realidad no es para ella un hecho, sino un continuo hacerse, una perpetua creación, ella no pone ningún límite ni a nuevas formas de vida ni a nuevas formas de pensamiento, y el sacro misterio es esa misma infinita potencia creadora, esa divina vida del universo. Se dirá que eso no satisface aún, y que en el corazón del hombre hay un deseo inextinguible por superar las condiciones mismas de la vida y por salir de las barreras del pensamiento, y la esperanza o el presentimiento de otra realidad que no es la realidad que nosotros venimos produciendo i pensando; sino que el pensamiento, en cuanto es pensamiento, y por eso mismo filosofía, puede dar razón de este deseo y determinar si ella existe en verdad, y qué es y cómo se origina, mas no puede jamás, aunque sea presa del más fuerte ímpetu de humildad, cambiar en una instancia superior a él y, en el círculo del pensamiento y de la realidad, negar el pensamiento y la realidad. Un mundo distinto de nuestro mundo tiene como su primer carácter éste: el tener que ser ignorado por nuestro mundo porque, si no fuese ignorado, no sería diverso, y la hipótesis se derrumbaría. Y me parece que esta es una proposición perfectamente ortodoxa, porque la religión trascendente apela, no al pensamiento, sino a la revelación, acerca de la cual, naturalmente, entre filósofos

sofos y en un congreso de filósofos, y más que esto, entre personas educadas y respetuosas de los sentimientos ajenos, no hay lugar a disputar.

Habría, en cambio, lugar para discurrir de la importancia que tiene la filosofía, entendida como indagación acerca de las categorías, los ideales y los valores de la historia, y conciencia cada vez más rica y profunda de humanidad, para resolver la crisis religiosa, en la cual la sociedad moderna se debate y sufre: una crisis que se ha hecho aguda desde cuando, después de la juvenil arrogancia del Renacimiento, después de la segura pero un tanto fácil y árida confianza del racionalismo iluminístico, se abrió la era romántica, que aun dura, con sus discordes aspiraciones, con su idealismo y con su sensualismo, con sus sueños de beatitud y sus desesperaciones pesimistas. De tal crisis no se saldrá sino con el fortalecimiento y desarrollo de la nueva y humana religiosidad, a lo menos para aquellos que estiman utopía la restauración de las viejas religiones o la introducción de las antiquísimas religiones orientales en el mundo europeo.

Pero abusaría de vuestra paciencia al escucharme, si me diese a tratar, así fuese sumariamente, tan grave argumento; y me place terminar con una cuestión más apropiada, porque es de calidad, diré así, técnica o profesional. Si la filosofía no puede ser sino filosofía de la experiencia histórica; si la metafísica y los sistemas suprahistóricos y los innumerables problemas y posiciones de problemas que se les coligaban, son cosas íntimamente muertas, ¿puede la figura del moderno estudio de filosofía seguir siendo la que se formó en las escuelas medioevales y se ha trasplantado a las universidades modernas, la del "puro filósofo", que trata los "eternos problemas" y procura interpretar el "enigma de la realidad", y cree a veces haberlo resuelto y a veces se confiesa vencido, o como de buena voluntad se dá a imaginar que ha arrimado su contribución a la suspirada solución, que algún otro, algún día,

encontrará? Esta figura deriva claramente de la del teólogo de las escuelas medioevales. El conocimiento de la unidad, esto es, del vivo intercambio que existe entre filosofía y experiencia, entre metodología e historia, hace necesaria la formación de un nuevo tipo de estudioso de filosofía que participe en las indagaciones de la historia y de la ciencia, y sobre todo en el trabajo de la vida de su tiempo, política y moral, si no con la obra directamente práctica, con la observación y con la pasión: del estudioso de filosofía que para ser verdaderamente tal, no debe ser "puro filósofo", sino ejercer, como todos los demás hombres, algún oficio, y ante todo (y será bueno no olvidarlo, ya que con frecuencia los filosofantes han querido olvidarlo), el oficio de hombre.

Roma, 1926.

BENEDETTO CROCE.

marchitas, desde aquí tenemos que flanquear una y otra vez en ángulos rectos, y al final de otra calle larga, con una *acequia* que corre por el centro, llegamos a la casa o grupo de casas del Gobernador. Son ellas bajas y bastante medianas en realidad, pero a la sombra purpúrea de las montañas, cuyas cimas, el sol poniente tñe de carmesí, parecen un feliz retiro para el reposo. Nuestras mulas enderezaron las orejas y con la visión de campos sin fin de alfalfa, avivaron el paso con brío, llevándonos a través de la portada, al patio empedrado de la casa del gobernador con tanta fogosidad, brío y alboroto, que nos sentimos si no conquistadores, por lo menos *caballeros*.

El gobernador señor Benavente, era un hombre un tanto rico y de cierta importancia, hospitalario y medianamente inteligente. Su casa estaba edificada alrededor de un patio en donde se atan los caballos, comen las vacas, vagan los cerdos en libertad en compañía de los perros, gansos, patos, pollos y de los pequeños cuyes indígenas que entran y salen chillando por los agujeros de todas las paredes. Para la delicia de todos ellos corre la *acequia* por medio patio hacia un pozo enlozado del que desciende por los *andenes* para contribuir a la irrigación de los terrenos llanos de abajo. En este pozo abreva el ganado, chapalean los cerdos y se divierten los patos y gansos. De él se saca el agua para beber y en él se lava la vajilla, y cuando la noche recatada tiende su manto, podéis ver por las hendeduras de la puerta de vuestro cuarto, que en él se bañan los criados de la casa, aunque no con mucha frecuencia. Pero como el agua sale del pozo tan rápidamente como entra, puede tenerse por seguro que arrastra consigo todas las impurezas.

El señor Benavente nos dió un cuarto de unos doce pies de lado, cerca del sótano cerrado en que dormían los criados. Tenía el nuestro la ventaja de una pequeña ventana sin cristales debajo del alero y de una puerta que podía cerrarse y permanecer cerrada sólo atrancándola con un palo por dentro. En seguida nos sirvió la comida en su propia *sala* que tenía un piso de barro, una mesa vacilante y un largo banco para sentarse. Había una cama de cuero en un rincón con monturas y frenos encima, todo improvisado, dijo el gobernador, porque la señora, su mujer, cuyos quejidos reprimidos podíamos escuchar a través de un tabique de tocuyo, estaba enferma con fiebre. Le administré previa solicitud: píldoras azules, dos en la noche; granos de

quinina, quince en la mañana; caldo de pollo, ralo, al medio día. Su curación completa duró tres días.

Teníamos alguna dificultad en disponer nuestros colchones en nuestro estrecho cuarto cuando vino el señor Benavente y participó de nuestro café y coñac. Le pregunté minuciosamente sobre las antigüedades, la fortaleza, la Roca Tarpeya, las grandes "Piedras Cansadas", las canteras, el Puente Incaico, y sobre todas las cosas maravillosas que se nos dijo existían allí. Sobre todo ello parecía muy confundido el señor gobernador, y según creímos, muy ignorante. Por último abrumado por nuestras preguntas, dijo que tenía un libro que hablaba de todo lo concerniente a los *Reyes Incas* y que lo traería. Lo hizo en efecto, y era la traducción de "El Perú" de Prescott.

Al día siguiente nos levantamos y salimos temprano. La mañana aunque un tanto fría era clara y magnífica. Ni un solo rayo de luz llegaba al fondo del valle, pero las nubes que se adherían a las cumbres de las altas montañas de uno y otro lado, eran de oro y grana. Parecía que la luz no llegaba aún a la gigantesca cumbre de Chicón que se elevaba todavía delante de nosotros tan silenciosa y pálida como la muerte y tan remota como siempre. Las montañas de todo el contorno, como ya he dicho, son escarpadas y precipitosas, sin embargo, a miles de pies de altura, distinguimos aún, sobre los acantilados rocosos a los que parece sólo los cóndores pueden llegar, edificios regulares y grandes. Uno en particular parecía estar colgado encima de la casa rústica pero hospitalaria del gobernador. Dijo éste que jamás había sido visitado por ningún ser humano en los tiempos modernos. Al oírlo, Mr. C.....hizo promesa de escalar hasta él y de medirlo al mismo tiempo, lo cual causó el asombro no sólo del gobernador sino de los ciudadanos de color chocolate de Ollantaytambo.

Entre la hora del café y la del almuerzo, fuimos conducidos por largas secciones de muros de terrazas y por las calles de Ollantaytambo—cuyo plano y estructura apenas han cambiado desde la época de los Incas—a través de un riachuelo turbulento y frío, alimentado por el deshielo de los glaciares, de color lechoso, debido a los materiales del cauce que lleva en suspensión, y que desciende de la quebrada transversal de Patacancha a la fortaleza—obra ésta menos importante que la de Sacsahuaman, pero más complicada y con iguales caracteres de perfección.

Durante mi permanencia de dos semanas en Ollantaytambo, ascendí a menudo a la fortaleza, tomé medidas, dibujé y fotografié los aspectos más importantes. Está

edificada sobre la estribación de una gran montaña nevada que se prolonga entre los valles del río Patacancha y del río del cual he hablado tan a menudo. En ambos lados de dicha estribación se edificaron terrazas, excepto donde presentan rocas verticalmente escarpadas. La subida se efectúa de un lado por escalones, y del otro, por un plano inclinado de una milla de largo. Este plano por el que se llevaron las gigantescas piedras de la fortaleza, y sobre el cual quedan aún muchas, está protegido a intervalos por edificios cuadrados de piedra, con troneras, un tanto parecidos a nuestros fortines, y sostenido por una pared de piedra inclinada hacia adentro, hasta de sesenta pies de altura en algunos sitios.

Las murallas exteriores de la fortaleza zigzaguean por los flancos de la montaña y doblándose en ángulos rectos se extienden hasta un precipicio de más de mil pies de alto que hace imposible así como innecesaria su prolongación. Son de unos veinticinco pies de alto construidas con piedras brutas y embarradas por dentro y fuera, festoneadas y con una repisa interior para la colocación de los defensores. Pueden fácilmente confundirse con obras de Roberto Guiscard y no son diferentes de las fortificaciones medioevales de aquel jefe que se elevan en la cumbre de las montañas encima de Salerno en Italia. Dentro de las murallas y en la punta saliente de roca que ellas aíslan de la montaña, hay un conjunto confuso de edificios y paredes, grandes bloques porfídicos perfectamente juntados o solitarios, asientos tallados en la roca, portadas de piedra bellamente labrada, con jambas inclinadas hacia adentro; largas hileras de nichos en muros ciclópeos, escalinatas y terrazas con una vieja y vacilante cruz de madera a un extremo de todo ello, inclinándose sobre la población que se extiende debajo como un mapa.

Para una descripción completa de la fortaleza necesitaría de mucho más espacio del que pudiera disponer aunque tal descripción no sería inteligible; así es que no hago más que remitir al lector a los planos y secciones insertados. Las piedras que la componen, o que se encuentran esparcidas en su área son de un pórvido rojo y duro, traído de las canteras que distan más de dos leguas y que se encuentran a dos mil pies sobre el valle y en la orilla opuesta de la fortaleza. Casi todas ellas están bien labradas y listas para juntar y varias hay que tienen cortes para el ajustamiento de la chapa en forma de T que he mencionado al describir las ruinas de Tiahuanaco. Uno de estos bloques de pórvido en una pared que parece ser el comienzo de un edificio cuadra-

do, es de 18 pies de largo, 5 de ancho y 4 de profundidad, no sólo perfectamente cuadrada sino muy bien pulida por todas sus caras, como las piedras adyacentes a las que está unida por juntas apenas perceptibles.

Sin embargo, el grupo más interesante de piedras, es uno de seis lajas verticales de pórfido, ligeramente inclinadas hacia adentro y que sostienen una terraza. Debe observarse que están un poco separadas unas de otras y que los espacios intermedios están exactamente cerrados por listones delgados de piedra. Los lados de estos, así como los de las piedras contiguas están pulidos. En el siguiente cuadro damos las dimensiones de las piedras grandes en pies y décimos, comenzando por la izquierda:

|                  | Nº 1 | Nº 2 | Nº 3 | Nº 4 | Nº 5 | Nº 6 |
|------------------|------|------|------|------|------|------|
| Altura           | 11.5 | 10.7 | 12.8 | 12.1 | 12.4 | 13.3 |
| Ancho en la base | 6.2  | 4.7  | 3.7  | 5.7  | 7.0  | 7.1  |
| Ancho en el tope | 5.4  | 4.4  | 4.2  | 6.0  | 6.8  | 6.4  |
| Espesor          | 4.0  | 3.5  | 2.3  | 2.6  | 2.5  | 9.5  |

El labrado de las caras de estas piedras no es completamente liso si no que presenta protuberancias que indican que el primoroso trabajo de pulimento no fué acabado (*was never completed*). (1) La piedra Nº 4, presenta vestigios de la misma clase de ornamentación observada en algunos de los bloques de Tiahuanaco, sólo que los adornos están en al-

Estas tetas, abundantes en los muros del Cuzco han intrigado mucho y sido objeto de las más curiosas interpretaciones. Quién escribe se imaginó alguna vez que tenían cierta relación con los quipus. Tienen algún parecido a los signos gráficos para los ciegos; pero la distribución de las mamilas gemelares o aisladas es enteramente caprichosa. Parece evidente, por una parte que en el estilo almohadillado de los muros, no hubo empeño en acabar el pulimento, como dice Squier y por otra, se trata de una consecuencia de la naturaleza o estructura de las rocas que presentan núcleos más resistentes

to relieve. Aunque son gigantescos estos bloques, resultan pequeños en comparación con las "piedras cansadas" que se encuentran sobre o al pie del plano inclinado que asciende a la fortaleza, como si hubieran sido abandonadas por los antiguos obreros. Una de estas es de 21 pies 6 pulgadas de largo por 15 pies de ancho, está hundida en parte en el terreno pero presenta un espesor de cinco pies por encima del suelo.

La vista desde la fortaleza, es en todas direcciones, maravillosa por su variedad, sus contrastes, su belleza y grandiosidad. Todo el valle de Ollantaytambo, está convertido en una especie de jardín por un sistema de terrazas, que una debajo de la otra descienden por escalones hasta el río, niveladas como mesas de billar o a lo sumo con la inclinación indispensable para la fácil irrigación. La orilla más lejana, del río corre por el pie mismo de las desnudas montañas majestuosas y recibe en ángulo recto el torrente turbulento de la montaña alimentado por el deshielo, al que he aludido y que desciende del valle empinado o quebrada de Patacancha o Marcacocha, donde una encima de otra se elevan largas series de verdes andenes como los asientos de un anfiteatro romano. La *portada* por la cual ingresamos a este maravilloso valle se ve obscura y prohibitiva y la fortaleza con torres que la defiende parece torva y amenazante bajo la sombra de las montañas que la circundan. Río abajo se ve el nevado de Cincón morcinamente silencioso y pálido que parece cerrar todos los caminos y repeler toda aproximación. Frente a nosotros, más notable e impresionante que todo está el cerro de Pinculluna o "colina de los flautistas" (1) una mole abrupta de roca exfoliada de miles de pies de alto, recortando nítidamen-

---

(1) De *pincuyllu*, especie de flauta pequeña. Sobre el instrumental y las características de la música incaica consúltese la tesis del malogrado profesor Leandro Alviña, publicada por la Universidad del Cuzco.

Los paisajes de Urubamba han inspirado bellos artículos desgraciadamente dispersos, como "El Pisonay de Pinculluna" de Ramón Nadal de un romanticismo evocador de los días de la adolescencia.—N. del T.

---

como la madera, ojos, o la fruta, pepas, núcleos que en Petrografía se llaman nódulos, amígdalas, inclusiones, & y parece que el picapedrero los dejó porque al pretender quitarlos no le resultarían llagas o moldes en llagas de las amígdalas, cosa que no pudo evitar en todos los casos, pues tales llagas de diversos tamaños se notan a la vista, y mejor aún al tacto.—N. del T.

te el cielo con su cresta dentellada. Adosados en sus flancos, en posiciones real o aparentemente inaccesibles, hay numerosos edificios. Un grupo o serie de cinco construcciones largas, una encima de otra, sobre otros tantos andenes, es la "Escuela de las Vírgenes". En una roca escarpada y prominente, con una caída vertical de más de novecientos pies, hay un pequeño edificio, cuya puerta se abre al borde mismo del precipicio: es la horca del hombre, la Roca Tarpeya de Ollantaytambo, de donde se despeñaba a los criminales en los días severos y draconianos de los Incas. Encima y a corta distancia, sobre una estrecha repisa, están las cárceles donde los malhechores esperaban su sentencia. A la izquierda de esta cárcel separado por una gran hendedura de la montaña pero a la misma altura vertiginosa y sobre un precipicio no menos aterrador, está la horca de la mujer o sitio destinado a la ejecución de las mujeres, vestales que habían faltado a sus votos, o fustas infieles a su Inca y señor. Visité estos parajes aéreos e hice planos y dibujos de todos ellos.

Ya he dicho que el pueblo de Ollantaytambo ha cambiado poco desde la época de los Incas. La antigua plaza central de la ciudad, y el Mañay-Raccay o "patio de las peticiones" se conserva casi en perfecto estado hasta ahora, y cerca de él y al pie de los precipicios de la fortaleza, se encuentra en iguales condiciones, faltándole sólo el techo, otro de los edificios incaicos. Tiene un piso y medio y está edificado con piedra bruta y barro, originariamente enlucido por dentro y fuera, con una sólida pared central que llega hasta el ápice de los mojonetes, dividiéndolo longitudinalmente en dos piezas iguales. Las esquinas, las jambas y los dinteles de las puertas del primer piso son de piedra labrada. Parece que no había acceso al segundo piso por el interior, pero hay dos puertas de ingreso en lo alto de uno de los mojonetes con cuatro piedras empotradas que parece sostenían una especie de balcón o plataforma, donde probablemente se subía por escaleras de palo.

Es insuperable la regularidad y el gusto con que fué edificada la antigua ciudad. Las calles se extienden paralelamente al arroyo que la surtía de agua, y que estaba y aún está canalizado con muros de piedra. Terrazas regulares de la más rica tierra con escaleras a intervalos, se elevan desde el río hasta el terraplén en que se encuentra la ciudad, y de aquí siguen ascendiendo hasta los riscos de Pinculluna. Las calles longitudinales tienen catorce pies de ancho y las transversales nueve poco más o menos. Cada manzana está rodeada por una muralla alta que forma parte de un

grupo doble de edificios, como se ve en el plano, y cada grupo tiene un patio central y tres segundos patios. El que puede llamarse edificio central o principal, situado frente a las portadas, está dividido longitudinalmente por una pared que llega hasta el vértice de sus mojinetes, de tal manera que una mitad de él pertenece a cada grupo. Como en la casa ya descrita el medio piso superior tiene puerta en el mojinete, cuyo antepecho es una piedra empotrada ancha y plana, a la que se llega por una serie de otras también enclavadas a manera de escalera en la pared divisoria que separa los dos grupos o pabellones que forma la "manzana."

Estas casas antiguas, intactas en lo esencial, están habitadas todavía y por su distribución y otros aspectos nos dan una idea exacta sobre la vida y costumbres de los antiguos. Descubrimos un sistema rígido y ordenado, como supondríamos en un establecimiento de Fourier o en una penitenciaría y que probablemente la población estaba dividida en clases y órdenes. Por otra parte las largas líneas no interrumpidas de muros sin más abertura que una sola puerta de pesadas jambas en cada manzana dan a las calles entumecidas un aspecto monótono y sombrío, la mirada se levanta de ellas con una sensación de alivio hacia el cielo brillante y las altas y nevadas montañas que limitan la vista en todas direcciones.

Si la ciudad de Ollantaytambo está substancialmente como estaba hace cuatrocientos años, asimismo, también lo están los habitantes, ninguno de los cuales habla otro idioma que el quechua. Son gentes melancólicas, tranquilas y trabajadoras, no adictas en especial a la religión Católica, según creo, ya que la pequeña iglesia se encuentra en ruinas; aunque debo añadir que con la falsa idea de que mis cajas fotográficas contenían reliquias de los Santos, las siguieron con las cabezas descubiertas y las besaron devotamente.

Pocos días después de nuestra llegada, el gobernador nos condujo a las grandes canteras de pórfido de los antiguos, que están a una altura considerable en las montañas del otro lado del río, al pie de un pico elevado casi siempre envuelto en nubes. Pasamos el río por un puente de mimbres o juncos trezados, colgante y de una forma enteramente primitiva y que es un ejemplar de los que se usaban universalmente en tiempo de la Conquista. Hay millares de tales puentes en el Perú. El que nos ocupa se distingue por ser de dos luces, cada una de cuarenta pies poco más o menos, con un estribo de enormes piedras en medio río de factura evidentemente incaica.

Arriba y junto al estribo hay una gran roca, que según la tradición fué colocada allí para protegerlo contra la fuerza de la corriente: pero yo creo más probable que esta defensa natural sugirió la posibilidad de construir el estribo que debía ser macizo para resistir la furia del Vilcamayo en la estación de aguas. Como tengo dicho, el puente consiste de varios cables grandes trenzados de mimbres o varillas en especial de un arbusto resistente llamado "lloque", colocados lado a lado y firmemente sujetos a unos sostenes en cada orilla por una variedad de toscos dispositivos. Sobre los cables se amarran varillas transversalmente con tiras de cuero crudo o con enredaderas, formando una vía de 4 o 5 pies de ancho. A unos cuantos pies de altura y a cada lado se tienden dos cables, con cuerdas que llegan hasta el piso y forman una especie de rejillas pero con aberturas tan grandes que no ofrecen seguridad contra una caída de este puente oscilante, flojo e inestable. Poco antes de nuestra visita un indio borracho, su mujer y su mula habían caído del puente y se habían perdido. Sin embargo Mr. D. corrió a caballo a través del puente con la más grande indiferencia. Estos puentes rara vez están a nivel, y además de hundirse demasiado a menudo las varillas que forman el tablaje se doblan por los lados en tiempo de aguas y se hacen tan resbaladizas que no es fácil mantener firme el paso. Ofrece peligro más grande el paso de puentes largos de esta clase, como los famosos de los ríos Apurímac y Pampas, pues se mecen como una hamaca de un lado a otro cuando el viento sopla por los profundos cañones a través de los cuales están suspendidos a tan grandes alturas que parecen frágiles y aéreos como telarañas. Frecuentemente se hacen impasables por esta causa y los viajeros tienen que detenerse por varios días.

Al otro lado del puente de Ollantaytambo, nuestro camino, pasa por una estrecha repisa entre el pie de las montañas desoladas y el río, ora cortado en la roca, ora edificado contra ella con un muro de retención que se eleva desde el borde del río. El río mismo en toda su longitud, excepto en los sitios en que está encajonado en los precipicios, está confinado entre antiguos muros artificiales de tan primorosa construcción que el impetu de las aguas a través de los siglos, no ha podido deshacerlos. Nada más hermoso que el sistema de andenes que sostienen los ricos y nivelados campos y prados de Ollantaytambo en la orilla opuesta del río y que en graciosas curvas siguen las ondulaciones de éste, con sus caras de piedra realizadas

por las enredaderas y arbustos que trepan sobre ellas o cuelgan en festones de sus bordes. (1) Ningún viajero puede verlos sin quedar asombrado por la maestría, la tenacidad y el poder que revelan y que demostrarán por siglos estos silenciosos y grandiosos monumentos.

A la distancia de media legua llegamos hasta una estribación de la montaña que se presentaba abruptamente ante nosotros con un precipicio vertical hacia el río que se arremolinaba a su pie con imponente furia. La senda es estrecha, tan estrecha que no pueden cruzarse dos bestias, y además es pedregosa y empinada. En la cumbre misma había dos torres, flanqueadas por una roca infranqueable hacia el lado del río, poco menores que las que coronan las alturas de la Mediterránea, con aberturas a manera de troneras para completar la semejanza. El camino pasa por entre ellas por un corte en la roca que deja apenas paso para una mula cargada. Al otro lado y al pie de las torres notamos ruinas de edificios, probablemente de los cuarteles de la guarnición que ocupaba esta posición casi inexpugnable en otro tiempo.

Más adelante el declive de la montaña es menos abrupto y escalonado por terrazas que se elevan hasta una plataforma relativamente ancha, a muchos cientos de pies de altura donde se encuentran las ruinas de una antigua población. Ascendimos a través de los *andenes* por una senda empinada y escabrosa hasta un promontorio que domina el río que pasa por enfrente. La senda es tan estrecha que crispera los nervios, un paso en falso haría rodar la mula y el jinete hasta el fondo rocalloso del río, que ahora ruga casi inaudible en la hondonada. Después de trepar el promontorio descendimos rápidamente a un hermoso camino, ancho y de suave gradiente que ondula por la falda del cerro y que llega hasta la cabecera de una enorme quebrada, situada, entre el promontorio sobre el que nos encontramos, y otra estribación igualmente escarpada, distante una o dos millas. Es este el antiguo camino incaico a las canteras de pórfito de donde fueron extraídas las gigantes casapiedras de la fortaleza de Ollantaytambo. Seguimos por este camino hasta su terminación en la cumbre

---

(1) En ésta y otras secciones del valle puede verse que los antiguos peruanos construyeron el cauce del río para disputarle una estrecha faja de muchos kilómetros de longitud que aprovecharon para sus andenes de cultivo, lo cual revela la escasez de la tierra en relación con el número de habitantes y un prodigio en la máxima utilización del terreno.—N. del T.

te el cielo con su cresta dentellada. Adosados en sus flancos, en posiciones real o aparentemente inaccesibles, hay numerosos edificios. Un grupo o serie de cinco construcciones largas, una encima de otra, sobre otros tantos andenes, es la "Escuela de las Vírgenes". En una roca escarpada y prominente, con una caída vertical de más de novecientos pies, hay un pequeño edificio, cuya puerta se abre al borde mismo del precipicio: es la horea del hombre, la Roca Tarpeya de Ollantaytambo, de donde se despeñaba a los criminales en los días severos y draconianos de los Incas. Encima y a corta distancia, sobre una estrecha repisa, están las cárceles donde los malhechores esperaban su sentencia. A la izquierda de esta cárcel separado por una gran hendedura de la montaña pero a la misma altura vertiginosa y sobre un precipicio no menos aterrador, está la horea de la mujer o sitio destinado a la ejecución de las mujeres, vestales que habían faltado a sus votos, o ñusttas infieles a su Inca y señor. Visité estos parajes aéreos e hice planos y dibujos de todos ellos.

Ya he dicho que el pueblo de Ollantaytambo ha cambiado poco desde la época de los Incas. La antigua plaza central de la ciudad, y el Mañay-Raccay o "patio de las peticiones" se conserva casi en perfecto estado hasta ahora, y cerca de él y al pie de los precipicios de la fortaleza, se encuentra en iguales condiciones, faltándole sólo el techo, otro de los edificios incaicos. Tiene un piso y medio y está edificado con piedra bruta y barro, originariamente enlucido por dentro y fuera, con una sólida pared central que llega hasta el ápice de los mojinetes, dividiéndolo longitudinalmente en dos piezas iguales. Las esquinas, las jambas y los dinteles de las puertas del primer piso son de piedra labrada. Parece que no había acceso al segundo piso por el interior, pero hay dos puertas de ingreso en lo alto de uno de los mojinetes con cuatro piedras empotradas que parece sostenían una especie de balcón o plataforma, donde probablemente se subía por escaleras de palo.

Es insuperable la regularidad y el gusto con que fué edificada la antigua ciudad. Las calles se extienden paralelamente al arroyo que la surtía de agua, y que estaba y aún está canalizado con muros de piedra. Terrazas regulares de la más rica tierra con escaleras a intervalos, se elevan desde el río hasta el terraplén en que se encuentra la ciudad, y de aquí siguen ascendiendo hasta los riscos de Pinculluna. Las calles longitudinales tienen catorce pies de ancho y las transversales nueve poco más o menos. Cada manzana está rodeada por una muralla alta que forma parte de un

grupo doble de edificios, como se ve en el plano, y cada grupo tiene un patio central y tres segundos patios. El que puede llamarse edificio central o principal, situado frente a las portadas, está dividido longitudinalmente por una pared que llega hasta el vértice de sus mojinetes, de tal manera que una mitad de él pertenece a cada grupo. Como en la casa ya descrita el medio piso superior tiene puerta en el mojinete, cuyo antepecho es una piedra empotrada ancha y plana, a la que se llega por una serie de otras también enclavadas a manera de escalera en la pared divisoria que separa los dos grupos o pabellones que forma la "manzana."

Estas casas antiguas, intactas en lo esencial, están habitadas todavía y por su distribución y otros aspectos nos dan una idea exacta sobre la vida y costumbres de los antiguos. Descubrimos un sistema rígido y ordenado, como supondríamos en un establecimiento de Fourier o en una penitenciaría y que probablemente la población estaba dividida en clases y órdenes. Por otra parte las largas líneas no interrumpidas de muros sin más abertura que una sola puerta de pesadas jambas en cada manzana dan a las calles entumecidas un aspecto monótono y sombrío, la mirada se levanta de ellas con una sensación de alivio hacia el cielo brillante y las altas y nevadas montañas que limitan la vista en todas direcciones.

Si la ciudad de Ollantaytambo está substancialmente como estaba hace cuatrocientos años, asimismo, también lo están los habitantes, ninguno de los cuales habla otro idioma que el quechua. Son gentes melancólicas, tranquilas y trabajadoras, no adictas en especial a la religión Católica, según creo, ya que la pequeña iglesia se encuentra en ruinas; aunque debo añadir que con la falsa idea de que mis cajas fotográficas contenían reliquias de los Santos, las siguieron con las cabezas descubiertas y las besaron devotamente.

Pocos días después de nuestra llegada, el gobernador nos condujo a las grandes canteras de pórfido de los antiguos, que están a una altura considerable en las montañas del otro lado del río, al pie de un pico elevado casi siempre envuelto en nubes. Pasamos el río por un puente de mimbres o juncos trenzados, colgante y de una forma enteramente primitiva y que es un ejemplar de los que se usaban universalmente en tiempo de la Conquista. Hay millares de tales puentes en el Perú. El que nos ocupa se distingue por ser de dos luces, cada una de cuarenta pies poco más o menos, con un estribo de enormes piedras en medio río de factura evidentemente incaica.

Arriba y junto al estribo hay una gran roca, que según la tradición fué colocada allí para protegerlo contra la fuerza de la corriente; pero yo creo más probable que esta defensa natural sugirió la posibilidad de construir el estribo que debía ser macizo para resistir la furia del Vilcamayo en la estación de aguas. Como tengo dicho, el puente consiste de varios cables grandes trenzados de mimbres o varillas en especial de un arbusto resistente llamado "lloqqe", colocados lado a lado y firmemente sujetos a unos sostenes en cada orilla por una variedad de toscos dispositivos. Sobre los cables se amarran varillas transversalmente con tiras de cuero crudo o con enredaderas, formando una vía de 4 o 5 pies de ancho. A unos cuantos pies de altura y a cada lado se tienden dos cables, con cuerdas que llegan hasta el piso y forman una especie de rejillas pero con aberturas tan grandes que no ofrecen seguridad contra una caída de este puente oscilante, flojo e inestable. Poco antes de nuestra visita un indio borracho, su mujer y su mula habían caído del puente y se habían perdido. Sin embargo Mr. D. corrió a caballo a través del puente con la más grande indiferencia. Estos puentes rara vez están a nivel, y además de hundirse demasiado a menudo las varillas que forman el tablaje se doblan por los lados en tiempo de aguas y se hacen tan resbaladizas que no es fácil mantener firme el paso. Ofrece peligro más grande el paso de puentes largos de esta clase, como los famosos de los ríos Apurímac y Pampas, pues se mecen como una hamaca de un lado a otro cuando el viento sopla por los profundos cañones a través de los cuales están suspendidos a tan grandes alturas que parecen frágiles y aéreos como telarañas. Frecuentemente se hacen impasables por esta causa y los viajeros tienen que detenerse por varios días.

Al otro lado del puente de Ollautaytambo, nuestro camino, pasa por una estrecha repisa entre el pie de las montañas desoladas y el río, ora cortado en la roca, ora edificado contra ella con un muro de retención que se eleva desde el borde del río. El río mismo en toda su longitud, excepto en los sitios en que está encajonado en los precipicios, está confinado entre antiguos muros artificiales de tan primorosa construcción que el impetu de las aguas a través de los siglos, no ha podido deshacerlos. Nada más hermoso que el sistema de andenes que sostienen los ricos y nivelados campos y prados de Ollantaytambo en la orilla opuesta del río y que en graciosas curvas siguen las ondulaciones de éste, con sus caras de piedra realzadas

por las enredaderas y arbustos que trepan sobre ellas o cuelgan en festones de sus bordes. (1) Ningún viajero puede verlos sin quedar asombrado por la maestría, la tenacidad y el poder que revelan y que demostrarán por siglos estos silenciosos y grandiosos monumentos.

A la distancia de media legua llegamos hasta una estribación de la montaña que se presentaba abruptamente ante nosotros con un precipicio vertical hacia el río que se arremolinaba a su pie con imponente furia. La senda es estrecha, tan estrecha que no pueden cruzarse dos bestias, y además es pedregosa y empinada. En la cumbre misma había dos torres, flanqueadas por una roca infranqueable hacia el lado del río, poco menores que las que coronan las alturas de la Mediterránea, con aberturas a manera de troneras para completar la semejanza. El camino pasa por entre ellas por un corte en la roca que deja apenas paso para una mula cargada. Al otro lado y al pie de las torres notamos ruinas de edificios, probablemente de los cuarteles de la guarnición que ocupaba esta posición casi inexpugnable en otro tiempo.

Más adelante el declive de la montaña es menos abrupto y escalonado por terrazas que se elevan hasta una plataforma relativamente ancha, a muchos cientos de pies de altura donde se encuentran las ruinas de una antigua población. Ascendimos a través de los *andenes* por una senda empinada y escabrosa hasta un promontorio que domina el río que pasa por enfrente. La senda es tan estrecha que crispera los nervios, un paso en falso haría rodar la mula y el jinete hasta el fondo rocalloso del río, que ahora rugge casi inaudible en la hondonada. Después de trepar el promontorio descendimos rápidamente a un hermoso camino, ancho y de suave gradiente que ondula por la falda del cerro y que llega hasta la cabecera de una enorme quebrada, situada, entre el promontorio sobre el que nos encontramos, y otra estribación igualmente escarpada, distante una o dos millas. Es este el antiguo camino incaico a las canteras de pórfido de donde fueron extraídas las gigantescas piedras de la fortaleza de Ollantaytambo. Seguimos por este camino hasta su terminación en la cumbre

---

(1) En ésta y otras secciones del valle puede verse que los antiguos peruanos construyeron el cauce del río para disputarle una estrecha faja de muchos kilómetros de longitud que aprovecharon para sus andenes de cultivo, lo cual revela la escasez de la tierra en relación con el número de habitantes y un prodigio en la máxima utilización del terreno.—N. del T.

del promontorio, desde donde eran empujadas y deslizadas al fondo del valle que se encuentra dos mil pies más bajo. El plano inclinado está visiblemente gastado por el descenso de las piedras. En nuestro alrededor yacen piedras caídas que la llegada de los españoles impidió a los antiguos obreros llevarlas al sitio de su destino. No trataré de explicar cómo estas piedras eran trasladadas a la meta a través del río rápido y turbulento en cuyo lecho permanecen aún algunas. Volviendo por el camino de la cantera, encontramos a menudo bloques de pórfido parcial o enteramente labrados, en medio o a los lados del camino. A intervalos se ven chozas rústicas y señales de intentos de cultivo en pequeñas áreas entre las rocas.

A dos millas de aquí vemos elevándose frente a nosotros y extendiéndose a través de la cabecera de la quebrada, dos enormes muros de piedra de más de un cuarto de milla de largo y de treinta a cincuenta pies de alto, que son los muros de retención de las terrazas destinadas a recibir las grandes rocas que el hombre, o el tiempo o los terremotos pudieran sacar de quicio o arrancar de los acantilados de pórfido de encima, e impedir que se precipiten por la empinada pendiente de la quebrada hasta el fondo del valle, donde, al parecer a nuestros mismos pies distinguimos los tejados y las chozas apiñadas de la más rica hacienda de Ollantaytambo. Apilonadas sobre las terrazas sostenidas por estos macizos muros, inclinados para adentro hacia la montaña, para asegurar mayor resistencia, hay una masa confusa de millares de bloques de pórfido, como si un glaciar se hubiera convertido en piedra. Algunos de ellos, en su descenso han arrancado porciones de los muros destinados a detenerlos en su vertiginosa caída. Pocos han pasado ambas barreras y están amontonados debajo de la inferior en situación que amenaza una final zambullida en el valle sonriente que se encuentra a tres mil pies más abajo.

Encaramadas sobre las más grandes de estas rocas hay algunas docenas de pequeños edificios un tanto parecidos a las chulpas del Collao, pero apenas más grandes que las casitas que hacen los niños por juego. Son de piedra bruta y barro, con techos o mejor dicho con bóvedas de piedras planas imbricadas como las tejas de una casa moderna y que sobresalen de las paredes a manera de una tosea cornisa. Algunas de estas curiosas construcciones son cuadradas pero la mayor parte de ellas son redondas, de cuatro a cinco pies de alto y poco más o menos otros tantos de diámetro, todas con pequeñas portadas que por lo general se abren hacia los riscos escarpados y amenazadores. Unas

cuantas presentan señales de haber sido embarradas y pintadas por dentro. A primera vista creímos que eran tumbas de los antiguos picapedreros, pero no encontramos huesos humanos en ninguna de ellas y llegamos finalmente a la conclusión de que eran adoratorios, como aquellos situados en torno del Vesubio, que en lugar de una figura de San Juanuario o de otro Santo, contendrían alguna huaca u objeto sagrado para detener las enormes avalanchas de roca apilonada en salvaje confusión encima y en torno de ellas.

El labrado de las piedras por los antiguos se hizo en su mayor parte en la terraza inferior como lo demuestran los montones de astillas diseminados en diversos sitios. Aquí termina el antiguo camino. Nuestro huésped insistió en que la verdadera cantera estaba algunos centenares de pies más arriba. Para llegar el sitio teníamos que ascender un cerro lateral que sólo un viajero andinista podría imaginarse accesible, y trepamos con infinito trabajo y no poco riesgo. La cima del cerro presentaba una ancha plataforma, cubierta en su mayor parte por rocas porfídicas apilonadas en la misma terrible confusión ya descrita, al pie de un pico desnudo del mismo material, del cual se desprendieron, y que nos presentaba un precipicio cortado a pico. El punto en que nos encontrábamos estaba situado a 3240 pies de altura sobre el fondo del valle, y este guardián de roca debe elevarse a una altura triple. Ya he dicho que su cumbre está generalmente oculta por las nubes: pero ese día se destacaba claramente en el cielo, mostrando su escarpado perfil. Unos cuantos cóndores, únicos seres vivos visibles, volaban en torno y enfrente de su elevada cima. Más aún aquí los pacientes y perseverantes Incas habían clareado de piedras el frío suelo y construído pequeños andenes para obtener pequeñas áreas para las hierbas resistentes de que se alimentan las llamas.

No se encuentran aquí piedras labradas sino muchas que parecen haber sido hendidas en bloques regulares, la mayor parte en forma de paralelepípedos de diversas dimensiones. Los más de ellos tienen de ocho pulgadas a un pie cuadrado en las bases y de seis a diez pies de largo, pero hay otros más largos y que según la tradición, estaban destinados para durmientes del puente que pasamos en la mañana. Medí uno de estos y tenía 20 pies 6 pulgadas de largo por 2 pies 1 pulgada de ancho y 1 pie 9 pulgadas de espesor. Puede apenas creerse que estos bloques resultaron de la exfoliación o clivaje natural; sin embargo, como ya he dicho, no presentan huellas de herramienta alguna.

Nuestra bajada al valle fué bastante rápida pero no sosegada para nuestros nervios. En la hacienda encontramos al cura de la aldea quién acababa de volver del Cuzco y estaba esperando ansiosamente a los *Franceses*. En la Sierra la población mestiza se imagina que todos los extranjeros son de nacionalidad Francesa y vendedores de joyas de profesión. Nos aconsejó que no fuéramos río abajo a Santa Ana, agregando, significativamente, que los peones se habían dado cuenta del valor verdadero de las pasamanerías brillantes que les habían vendido los anteriores *Franceses*. I en seguida nos dijo que deseaba ver, qué joyas llevábamos, insistiendo en que quería comprar algunas. Con mucha dificultad pudimos convencerle de que no éramos buhoneros cuando nos preguntó en nombre de la Santísima Trinidad, qué otro objeto pudo llevarnos hasta Ollantaytambo? "*Antigüedades*" repitió después de mí con sincero asombro, súbitamente se puso silencioso, y salió del cuarto. Inmediatamente después volvió a la puerta y me hizo señas para seguirle al más alejado rincón del patio cerca de los caballos. Como el cura de Tiahuanaco, también éste estaba cansado de vivir en un pueblo de indios, sabiendo que el suelo estaba henchido de tesoros y dijo que comprendía muy bien el objeto de nuestra visita. Estaba bien que lo ocultásemos al pueblo en general y al gobernador en particular, pero que debíamos confiar por entero en él y participarle del botín que íbamos a obtener. Como el cura de Tiahuanaco y en este sentido como todos los curas de la Sierra—estaba calamoqueando y llorando. Yo respetaba sus lágrimas, y, deduciendo de mi silencio que mi corazón se había enternecido y de que mi desconfianza se había desvanecido, se sosegó finalmente, y entonces yo lo aplané al insistir que las *antigüedades* me habían atraído a Ollantaytambo. Era demasiado; la cara del ministro del Señor, se puso lívida a la luz de las estrellas y se alejó a zancadas con la siniestra maldición, "son malos todos los caminos que salen de Ollantaytambo".

Cuando le describí nuestra entrevista al gobernador no parecía considerarla como un chiste y no estaba del todo tranquilo cuando me dijo que el cura era un gran bergante y capaz de causarme cualquier daño. Por su buena suerte no me encontré con el clérigo en ninguno de los destiladeros del camino a mi regreso a Urubamba, pues seguramente le habría disparado un tiro sin preguntarle la razón de su presencia allí.

Después de cuanto he dicho e insinuado acerca del clero en el Perú parecerá supererogatorio añadir un párrafo re-

ferente a él tomado de los "Apuntes y Observaciones" de don Juan Bustamante, natural y vecino de la Sierra. "Hace sesenta años", dice don Juan, "que el departamento de Puno no tiene un obispo y como consecuencia de este extraño abandono los *curas* viven según su capricho dando rienda suelta a sus pasiones sin sujeción ni temor de ninguna clase, llevando sus escándolos a tal extremo de vivir con sus barraganas y sus hijos ilegítimos" No puede aplicarse la razón indicada por don Juan de la desmoralización de los clérigos de Puno al departamnto del Cuzco que siempre ha tenido obispos, y donde, no obstante, impera casi el mismo relajado estado de cosas que tan altamente deplora.

Ninguna etapa de mi estadía en el Perú fué más agradable y provechosa que la que pasé en Ollantaytambo. Fué en la estación llamada de invierno. Los vientos que soplaban por el fondo del valle eran impetuosos. Sin embargo la mayor parte de los árboles conservaba su follaje y los arbustos a lo largo de las *acequias* estaban verdes y cubiertos de flores. Entre ellos jugueteaban al amanecer y al caer la tarde tal número de aves cantoras como rara vez ví aún en las enmarañadas espesuras de Nicaragua, donde la prolífica Naturaleza agota sus energías para henchir de vida animales y plantas. Las palomas y los pichones de muchas clases arrullan entre las ramas; los pequeños cuyes se escabullen a lo largo de los muros de las terrazas y los más mansitos se apiñan cerca de nuestros pies, inspirando temor constante de que un mal paso pueda aplastar sus vidas inocentes y activas. Por doquier se ven terrazas y vestigios del arte, la industria y la sabiduría de los antiguos; torres y terrazas encaramadas en los flancos de las montañas; fortalezas en parajes hábilmente escogidos y artificiosamente planeadas cerraban todos los caminos y amenazaban de todos los despeñaderos, en tanto que en el centro, dominando la antigua ciudad, se elevaba la majestuosa ciudadela. En el valle el arte niveló toda desigualdad y elevó cientos de miles de terrazas rellenas con la tierra arañada de las laderas de las montañas e irrigadas por *acequias* cuyos canales pasaban por riscos inaccesibles o por túneles a través de los promontorios de roca que era imposible rodear. Y muy alto por encima de todo estaba un edificio cuadrado con el Inti-huatana o Gnomon del sol por medio del cual se determinaban los equinoccios y solsticios, las estaciones de la siembra y la cosecha y las épocas de las grandes fiestas.

Ollantaytambo fué la ciudad frontera y la fortaleza de los Incas en el valle del Ucayali como lo es aún de sus con-

quistadores. Habían puestos de avanzada algunas leguas más abajo en Habas-pampa, pero el baluarte del Imperio contra los salvajes Antis en este sector estaba aquí. (1) También en torno de Ollantaytambo nació la tradición de Ollantay, el enamorado capitán cuyos amores contrariados hicieron que se rebelase contra el Hijo del Sol y cuyos sufrimientos y aventuras forman la base del casi perfecto y mayor de los dramas antiguos de América que han llegado hasta nuestros días.

Cusi-Ceoyllor, la Estrella Alegre, era hija del Inca Pachacutec. Ollantay era un valiente y hermoso capitán del ejército Imperial que había llevado sus armas victoriosas más allá que ninguno de los generales del Inca hacia los llanos del Amazonas, pero no era de sangre real. A su vuelta en triunfo al Cuzco se le rindieron honores sin precedentes en Huacapata; pero en el mismo momento en que su fama era más grande y su ambición más exaltada, pudo ver a la Estrella Alegre y fué presa de una pasión igualmente culpable ante la religión y la ley. Nadie más que los Incas podían casarse con personas de su linaje y cualquiera que no siendo de sangre real aspirase a tal honor era juzgado como reo de sacrilegio y castigado con la pena capital. Apenas tengo necesidad de contar el resto: la historia antigua, la de siempre. Rechazada su petición ignominiosamente, salvado de la muerte únicamente por su elevado rango,

---

(1) Según Mr. Bingham la fortaleza megalítica de Salapuncu tenía por objeto defender Ullcapampa contra Ollantaytambo y el Cuzco y no estas ciudades contra los salvajes del Amazonas. "Inca Land". Página 210.

Probablemente Squier no pasó más allá de Ollantaytambo. La sección del camino ribereño hasta Huadquiña no fué entregada al tráfico hasta 1895 y los viajes río abajo se hacían por las alturas de la derecha o ruta del puerto de Panticalla, que siguieron el capitán García en 1571, el general Miller en 1835, Castelnau en 1842 y Wiener en 1875, o por las alturas de la izquierda, vía que utilizaron el conde de Sartiges en 1834 y Raimondi en 1865. Las expediciones de la Universidad de Yale de 1909, 1911 1912 y 1915 dieron por resultado el descubrimiento de la maravillosa ciudad de Machu Picchu, el más importante desde la época de la Conquista, a veinticuatro millas de Ollantaytambo y de ruinas antiguas, mucho más al interior en lugares tan distantes como Espíritu Pampa habitadas por los salvajes, siendo muy notables las de Rosapata y Nusta Hispana en Vilcabamba. Los miembros de las referidas expediciones tomaron más de once mil vistas de monumentos y paisajes y han publicado más de sesenta monografías cuya relación puede verse en la obra citada, página 347 a 351.—N. del T.

el joven capitán, loco de despecho y sediento de venganza, se vuelve a sus tropas y en frases apasionadas relata sus agravios y pide a sus soldados le ayuden a vindicarse. Al huir de la capital se detiene en las alturas que la dominan y exclama:

“Ah, Cuzco hermosa ciudad”  
Llena estás de mis enemigos  
Pero he de abrirte el pecho  
Y arrojar tu corazón a los cóndores,  
Ah, enemigo vanidoso, ah Inca soberbio,  
Voy a acudir a las filas de mis Antis  
He de revistar mis victoriosas tropas  
Las he de armar de flechas,  
Y cuando en la cumbre de Saesahuaman  
Se amontonen como nubes,  
Brillarán como llamas de fuego,  
Descenderán como torrentes,  
Y entonces te arrojarás a mis pies, Inca presumido  
I me ofrecerás la mano de tu hija  
I me pedirás la vida de rodillas.

El ejército responde a sus ardientes clamores y lo proclama Inca. Ollanta ciñe el rojo *llauto* Imperial y marcha sobre el Cuzco. En mitad del camino tiene noticia de la aproximación del viejo, astuto e invencible Ramiñahui, general del Inca, cuyo nombre “ojos de piedra” basta para indicar su carácter insensible e implacable. Ollantay impetuoso pero prudente no tiene a menos a su poderoso y astuto antagonista sino que se apodera de la importante posición destinada a llevar su nombre en el futuro, la fortifica y establece una base firme para sus operaciones contra el soberano. Durante diez años se sostiene aquí, hasta que por obra de la traición más inaudita, es hecho prisionero y conducido al Cuzco para ser ajusticiado. Más entretanto el viejo y severo Inca ha muerto, y su hijo cuyo corazón juvenil puede apreciar mejor las amorosas pasiones, enteracido por la historia del guerrero rebelde, no sólo le perdona sino que

consiente en su matrimonio con Cusi-coyllor, quién durante este tiempo estuvo confinada en Aella-huasi o Convento de las Vestales. Vivieron después mucho tiempo y tuvieron muchos hijos como los héroes de cualquier novela moderna (1).

Y tal, según el drama Quechua, fué el origen de Ollantaytambo. El sitio del palacio de Ollanta no sólo se señala sobre una serie de bellas terrazas que dominan el valle sonriente sino que sus restos se conservan aún visibles y en parte casi intactos. Su plano fué complicado, como puede ver el lector, y demuestra que la arquitectura incaica no ha sido, como se ha dicho, limitada a la construcción de edificios de un solo piso.

A propósito del drama Ollantay, debo añadir que la lengua Quechua es una de las más notables por su belleza y caudal, dolorida y agradable al oído. Como idioma de los Incas, se extendió doquiera llegaron sus conquistas, desde Quito hasta Chile y es todavía la lengua predominante en la Sierra. Como un ejemplo copio una canción de la cosecha del referido drama con la traducción de Mr. Markham. Está dirigido al pequeño dañino tuya negro y gualda avecilla que se alimenta de granos de maíz.

(1) El drama Ollantay es de factura colonial hasta en sus detalles como la introducción del gracioso Piqui-chaqui. El traidor Rumiñahui nos recuerda a Zópiro, La Música, Jarahuís y Ccashuas, contrasta con la fanfarría militar y fué adaptada por los doctores Rafael Paredes y Marcelino Ponce de León, a fines del siglo pasado, para las representaciones que dirigió el doctor José Lucas Caparó Muñiz "el último Qjipucamayoc". El mérito de este drama es el de las rapsodias de la poesía popular indígena y pseudoindígena, y contiene trozos dignos de una antología universal, lo mismo que Sunace-Ttica. Una traducción de Ollanta al castellano fué hecha y publicada por el médico cuzqueño doctor Bernardino Pacheco en 1881 y ha sido reeditada en 1923 por su hijo Dr. Víctor Pacheco Castillo, con un justiciero prólogo del Dr. Luis E. Valcárcel. Merece ser citada junto a las traducciones de Barrauca, Nodal, Pacheco Zagarra, Markham y Tschudi.

Ollantay se presta a una representación tan grandiosa como la de "Aida" al pie de las pirámides. Ha sido representado con gran éxito en el teatro Colón de Buenos Aires, por un grupo de cuzqueños bajo la dirección del Dr. Luis E. Valcárcel, y servido de tema a una ópera del músico nacional Valle Riestra estrenada en Lima con merecidos elogios.—N. del T

*Quechua*

"Ama pisco micuychu  
 Susttallipa chacranta  
 Mana hina tucnichu  
 Hillacunan saranta,  
 Tuyallay! Tuyallay!

Panaccaymí rurumi  
 Ancha ceoni munispa  
 Nucmunacemi uccumi  
 Llullunacemi raphinpa  
 Tuyallay! Tuyallay!

Phurantatac mascariy  
 Cuchusacemi silluta  
 Puppascayquin ceantapas,  
 Hapiscayquin ceantapas,  
 Tuyallay! Tuyallay!

Hinascatan ricunqui  
 Hue rurunta chaphaectin  
 Hinac tacemi ricunqui  
 Hue llallapas chincacectin,  
 Tuyallay! Tuyallay!"

*Inglés*

"O bird! forbear to eat  
 The crops of my princess:  
 Do not thus rob  
 The maize that is her food!  
 Tuyallay! tuyallay!

The fruit is white,  
 And the leaves are tender;  
 As yet they are delicate:  
 I fear your perching on them.  
 Tuyallay! Tuyallay!

Your wings shall be cut,  
 Your nails shall be torn,  
 And you shall be taken  
 And closely encaged.  
 Tuyallay! Tuyallay!

This shall be done to you,  
 When you eat a grain:  
 This shall be done to you  
 When a grain is lost.  
 Tuyallay! Tuyallay!

*Castellano*

Ay pajarillos,  
 No devoreis  
 De mi princesa  
 La cara mies.  
 Ay, tuya, tuya

Maizal tan bello  
 Da gozo ver;  
 Sus tiernas hojas  
 No marchiteis,  
 Ay, tuya, tuya.

El grano es duro,  
 Para romper,

Mas por adentro  
 Suavisimo es.  
 Ay, tuya, tuya,

Aves golosas,  
 Miedo tened,  
 Porque en la liga  
 Vais a caer.

Ay, tuya, tuya,  
 Allí os haremos  
 Pegar los pies;  
 De ello el piscaca  
 Da entera fé

Ay tuya, tuya

En estos campos  
 Verlo podéis,  
 Aprisionado  
 Desfallecer.

Ay tuya, tuya

Tendréis vosotros  
 La suerte de él  
 Si de los granos  
 Uno coméis.

Ay, tuya tuya. (1)

(1) Traducción del poeta nacional Constantino Carrasco.—N. del T

Fué con pena que dije adiós para siempre a Ollantaytambo, jardín y fortaleza, con su clima de eterna primavera, rodeado de las más altas montañas de nuestro continente tan severas y desnudas como el valle es brillante y verdoso.

NOTA.—La ccashua de la vuelta se ha copiado literalmente del original de la presente obra, pero como está plagada de errores, damos a continuación la letra popularmente conocida en el Cuzco, advirtiéndole que, en su adaptación para el canto, tiene variaciones que no afectan el fondo.—*El Traductor.*

## CCASHUA.

|                        |          |
|------------------------|----------|
| Ama piseco mulluycho   | Tuyallay |
| Nusttallaypa chaeranta | T.       |
| Ama hina tueuichu      | T.       |
| Illurina saranta       | T.       |

|                        |    |                         |    |
|------------------------|----|-------------------------|----|
| Paraccaymi rurunri     | T. | Uatasecaña hilluyta     | T. |
| Anehataemi misqqulmpas | T. | Pupascayquin, ceantapas | T. |
| Qqukeraecmi ujjuuri    | T. | Cuchusacemi silluyta    | T. |
| Llulluraemi rappimpas  | T. | Happiscayquin ceantapas | T. |
| Ppiscacata uatucuy     | T. | Lliquisceatan ricunqui  | T. |
| Sipiscacata ceahuariy  | T. | Hue ruruta chapehactin  | T. |
| Soncollanta tapuyencuy | T. | Hinatatacemi ricunqui   | T. |
| Phuruntatac mascariy   | T. | Chullallapas chineactin | T. |

## CAPITULO XXV

*El valle de Yucay.—Pisac.*

Excursión a Pisac.—La Roca Sagrada de Calen.—El Edificio Circular.—Cauel Serpenteante en la Roca.—Su Diseño.—Culto de las Rocas solitarias.—Límite de los Dominios de los Incas.—La Gran Fortaleza de frontera de Pisac.—Su Situación dominante.—Lugares de acceso a ella.—El Inti-huatana o torrecilla de los solisticios, la mejor conservada en el Perú.—Otros Inti-huatanas.—Lo que dice Garcilaso acerca de ellos.—Ascensión a la Fortaleza de Pisac.—Carácter complejo y artificioso de las obras.—Fortificaciones auxiliares.—El Cementerio.—Cadáveres disecados.—Carácter de las construcciones defensivas del Perú.

Nuestro regreso de Ollantaytambo a Urubamba fué rápido y pasamos allí varios días examinando las ruinas de los palacios y baños de los Incas en y alrededor de la pintoresca aldea de Yucay.

Casi a cada paso se encuentran monumentos de los antiguos, pero causaría la paciencia de mis lectores si tratara siquiera de enumerarlos. No puedo omitir, no obstante, dar noticia de algunas ruinas notables cerca del pueblo de Calca de una arquitectura peculiar y que revelan la astucia de los sacerdotes incaicos. Tienen la locación favorita a la que he tenido ocasión de aludir antes, o sea un promontorio de vista dominante y por el que deberían pasar naturalmente los caminos de un valle como el de Yucay. (1)

La construcción más notable es un edificio circular, demasiado bajo para llamarlo torre propiamente hablando. Se encuentra en la cumbre de la loma, tiene 24 pies de diámetro, 18 pies de altura hasta la cornisa la cual sobresale

(1) Se refiere a las ruinas de Urco.—N. del T.

10 pulgadas por el exterior y 8 pulgadas por el interior. La pared es de 2 pies 4 pulgadas de espesor en la base. Está hecha con piedra bruta o parcialmente cantada y del mismo material adhesivo al que he llamado arcilla y que a mí me parece no ser más que eso. Originariamente estuvo embarrado por dentro y fuera. La puerta, de 3 pies y 8 pulgadas de ancho, se abre a 15° al oeste del sur; tiene además puertas falsas o alacenas de iguales dimensiones en cada cuadrante del círculo formando por la pared, a través de cada una de las cuales se abre una pequeña ventana. Encima de cada una de éstas, así como sobre la puerta hay T invertidas como la *Tau* egipcia, de las cuales también hay tres en cada sección entre los nichos principales y son enteramente peculiares de este edificio. En el interior al alcance de la mano, y simétricamente distribuidos, hay ocho nichos oblongos, como se ven en el plano. Quedan todavía los diu-teles de las puertas y alacenas. Están compuestos de varillas de madera del tamaño de un brazo humano firmemente envueltas con sogas ásperas de *pita* o de fibra de agave evidentemente con el fin de conseguir una superficie apropiada para la adhesión de la capa de estuco que fué aplicada como enlucido. Es este un dispositivo común en los edificios de piedra bruta, concreto y adobes. Nosotros apelamos substancialmente al mismo recurso en nuestros enlucidos. La altura del edificio no fué probablemente mucho mayor que la actual y puede presumirse que estaba techado de una manera análoga a Sondor-huasi en Azángaro.

Sus fines pueden inferirse únicamente del carácter de los edificios adyacentes y al parecer sus dependencias, cuyos restos son bastante raros y sugestivos. Están situados a 60 pies de la torre o edificio circular y constan de cierto número de construcciones rectangulares que cubren una área de cerca de 100 pies por lado, en torno de una gran peña de piedra calcárea de 60 pies de largo, 30 de ancho y 25 de altura sobre el suelo. Las paredes de los edificios se elevaban por encima de la roca y están edificadas contra ella. Las paredes sobresalen de los extremos de la roca que dejaban al descubierto. Esta presenta su superficie natural, con excepción de su extremidad Norte en que hay grabado un surco o canal de tres a cuatro pulgadas de ancho y de tres pulgadas de profundidad. Este canal ondula y da la vuelta al extremo de la roca a manera de una serpiente, tiene veinte pies de largo y desaparece a través de una de las paredes transversales edificadas contra la roca reapareciendo en uno de los edificios laterales o cuartos en que la roca

se proyecta a manera del alero de una casa y termina en una especie de pico grabado rudamente en forma de cabeza de culebra. Un líquido vertido en cualquier parte del canal llegaría a este pico y caería en cualquier vasija colocada debajo. Que el surco representaba una serpiente, resulta claro porque se adelgaza hacia la cola y se ensancha por el lado contrario, por sus ondulaciones y por la forma de la cabeza.

No hay duda acerca de que las rocas solitarias eran objeto de gran veneración para los antiguos peruanos, quienes las tababan extrañamente y construían edificios en torno de ellas y ofrecían sacrificios a ellas o a los espíritus que las animaban (1). Vi centenares de tales rocas en el país, y en la actualidad no hay una roca notable por su forma y su posición en los caminos de la la Sierra, ante la que los Indios no se quiten el sombrero y no hagan una reverencia musitando palabras extrañas de conjuro. Con frecuencia se quitan de la boca la coca que van masticando y la arrojan contra la peña y a veces cogen un guijarro y lo tiran contra la roca, por lo general en un mismo punto, de tal manera que con el transcurso del tiempo se forman cavidades considerables, por esta causa, en la piedra.

La roca de que tratamos es notable por su situación y dimensiones y puesto que está rodeada de una considerable serie de edificios ha debido ser objeto de mucha veneración. Y como sabemos que los sacrificios en forma de libaciones eran comunes en todo el Perú, podemos muy bien creer que el canal serpenteante que rodea esta roca tenía por objeto recibir las ofrendas de chicha que debían hacer los caminantes obligados a pasar por este sitio en sus viajes por el valle. El canal estaba labrado a una altura conveniente del suelo, al nivel del pecho, para facilitar las contribuciones de los fieles, quienes probablemente no sabían dónde iban a parar después que penetraban en los camarines de los edificios adyacentes para inspirar los oráculos que les hablaban desde la roca sagrada. Los anticuarios han sonreído frecuentemente al encontrar Entre las ruinas de Grecia y Roma el cómodo gabinete del sacerdote detrás

---

(1) En la provincia de la Convención, se ha descubierto la roca esculpida mucho más notable y de mayores dimensiones llamada antiguamente Yuracc Rumi [piedra blanca] y hoy Xustta Hispana, (quizás, retrete de la princesa,) donde, según la crónica del Padre Calancha, moraba una legión de diablos. Tiene también edificios accesorios cuya disposición es muy parecida, como puede verse comparando los planos. Inca Land, página 248.—N. del T.

de las estatuas de los antiguos dioses y los tubos sabiamente contruídos en conexi3n con los labios de mármol a través de los cuales salían las palabras proféticas y potentes que asustaban al devoto que puntualmente llevaba sus ofrendas al oráculo.

Ya he dicho que los Incas, con todo su poder, fueron incapaces de extender lejos su imperio por el Oriente hacia los valles amazónicos o regiones de los salvajes Chunchos o Antis. Tuvieron que detenerse en cuanto llegaron a los densos bosques y construyeron grandes fortalezas para protegerse contra las ofensas y resistir las invasiones. Uno de los valles rigurosamente disputados fué el de Paucartambo, que se extiende paralelamente al de Yucay, a sólo ocho leguas de distancia pero separado de él por una insalvable cadena nevada de los Andes. Sólo hay un paso a través de esta cadena formada por los valles entrebizados o más bien quebradas de dos ríos considerables, uno de los cuales es afluente del río Paucartambo y el otro que se une al río Vilcamayo o Yucay en el lugar donde se encuentra el pueblo de Pisac. En ambos extremos de este paso habían fuertes gigantescos, siendo el más formidable el que dominaba Pisac que en conjunto es tan notable como el de Saesahuaman y sólo comparables con los fuertes de las colinas de India en el viejo mundo.

Imaginemos una estribación escarpada de la montaña que se proyecta de la cadena nevada de los Andes en forma de óvalo irregular de tres millas de largo y de cuatro mil pies de altura en su punto más elevado, separada por el valle y la quebrada de las montañas principales, excepto en un punto en que desciende formando una loma de cien pasos a lo sumo. Su perfil es áspero y repulsivo y se eleva en picos resquebrajados, o presenta precipicios enormes, conteniendo aquí y acullá entre los peñascos espacios nivelados y pendientes suaves. Es absolutamente inaccesible, excepto en tres puntos dos de los cuales están a lado del valle de Yucay, que debía defenderse principalmente, y el tercero, en el istmo angosto o loma que lo une a las montañas principales. Doquiera sus condiciones naturales habrían permitido el escalamiento, construyeron los Incas altas murallas de piedra contra la roca para no dejar un solo punto de apoyo a los asaltantes o aventureros. La subida por el lado del pueblo es por una escalera cortada en la roca y formada en parte de grandes piedras, la cual serpea y zigzaguea por la ladera escarpada y rocosa que pasa por precipicios que causan vértigo o rodea bastiones de roca, en

cada uno de los cuales hay torres para los soldados y provisión de piedras listas para ser precipitadas sobre los asaltantes. A grandes intervalos de la dificultosa senda, y donde hay espacio disponible se encuentran descansos o áreas pavimentadas de quince a veinte pies por lado, rodeadas de asientos de piedra pero siempre dominadas por alguna torre siniestra, con una puerta en su base, dentro de la cual o sobresaliendo amenazadoramente, podeis ver las grandes piedras que necesitan sólo un pequeño impulso para caer sobre vuestras cabezas.

A eso de una mitad de la ascensión se coronan las series inferiores de acantilados y se llega a unos declives de considerable extensión convertidos en andenes de gran belleza y perfección y que se extienden hasta el borde mismo de los precipicios. Estos andenes están unidos por escaleras por en medio de las cuales pasan estrechas *acequias*, por las que baja el agua no sólo para la irrigación de las terrazas sino para la dotación de los reservorios conectados con los grupos inferiores de fortificaciones. Pero también aquí observamos que todas las protuberancias o escarpaduras de la roca no sólo tenían paredes adosadas de piedra para hacerlas inaccesibles, sino estaban coronadas de torres, generalmente redondas con ventanas de observación y otras por las que podían dispararse armas y soltar galgas. En las repisas naturales poco abundantes, a las que en algunos casos se llega sólo mediante escaleras, hay grupos de edificios largos y angostos con altos mojonetes, enteramente próximos unos a otros con economía característica de espacio. En pocas palabras; toda parcela de terreno que pueda ser sostenida por terrazas y cultivada fué cuidadosamente dedicada a la agricultura; toda vía de ascensión, excepto la que los ingenieros dejaron libre, estaba cerrada, y todo punto dominante y estratégico estaba cuidadosamente fortificado. No hay un sitio hasta la cumbre misma del primer pico de la montaña que no esté dominado o protegido de alguna manera por un laberinto de obras que casi desafían al ingeniero que trate de trazar su plano y que no es posible describir.

Entre el primero y segundo pico hay una depresión, silla o cresta un tanto estrecha pero nivelada en tal forma por terrazas, que ofrece espacio suficiente para un grupo de edificios de piedra primorosamente labrada indudablemente de carácter religioso pues la gran fortaleza de Pisac era casi una provincia y comprendía no sólo un ejército sino una numerosa población. Calculo que las terrazas que soportan sus *andenes*, regadas por acueductos construidos en

los acantilados de roca y que pasan artificiosamente de una ladera a otra de la montaña, si se colocaran unas a continuación de otras, alcanzarían una extensión de más de cien millas. Tenía fortificaciones secundarias, edificios aislados, y, según parece, su templo, sus sacerdotes, guerreros y trabajadores; era inexpugnable y se bastaba a sí misma.

Lo más importante de este grupo de edificios es el Inti-huatana, que voy a describir, pues, gracias a su situación casi inaccesible, es el mejor conservado entre todos los de su especie en el Perú. Etimológicamente, Inti-huatana se compone de dos voces, Inti, sol; *huatana* el lugar en donde, o la cosa con que se ata algo, significa también cabestro. Así es que el conjunto significa el sitio donde se amarra el sol. (1) Estos Inti-huatanas parece que siempre estaban constituidos por una roca, cuya parte superior se nivelaba o cincelaba cuidadosamente dejando únicamente una protuberancia en forma de cono truncado o pan de azúcar. Estas rocas no sólo estaban en sitios notables sino en los patios de los templos o edificios netamente religiosos, o cerca de ellos, dentro de un cerco separado de piedra, expuestos a la luz y nunca cubiertos por techo alguno.

En el presente caso, la parte principal de la roca está rodeada de una pared de piedras bellamente labradas y muy bien unidas, cuyo contorno tiene la forma de una D. [Véase A en el plano, pag.....] La roca llena lo que podemos llamar el arco de la D y en esta parte el muro está construido adosado a la roca, ajustándose su cara interior a las irregularidades de ella, en tanto que su cara exterior es regular y pulida. En este lado la pared tiene como veinte pies de alto. En el lado recto de la D, la pared se prolonga y luego da una vuelta para formar un segundo circuito de forma casi triangular que rodea una porción inferior de la roca ya mencionada. En el interior de este último hay partes interesantes tal vez relacionadas con la astronomía de los Incas, cuya descripción no es necesaria para mi objeto. La entrada al cerredo principal y más elevado es una portada de la forma usual, a la que se llega de fuera por una serie de escalones. Penetrando por ella el explorador se encuentra en una área oblonga irregular, con la roca cantada con cierta regularidad y que se eleva hasta la altura

[1] El señor Santiago Astete, poseedor de una interesante colección de antigüedades, ha publicado un folleto sobre etimologías de nombres históricos, alfabeto quechua y la leyenda de los tesoros ocultos de Ceoricancha muy parecida a la citada en la página 84 y su nota.—N. del T.

de los muros exteriores a su derecha. Unos escalones labrados en la roca conducen a su parte superior perfectamente nivelada y pulida y cuya superficie es de 18 pies de largo por 16 de ancho. En el centro de esta superficie y elevándose sobre la roca viva de la cual forma parte, está el Inti-huatana de Pisac. Tiene la forma de un cono simétrico y perfectamente labrado de 11 pulgadas de diámetro en la base y 9 en la truncadura y 16 pulgadas de alto. El Gobernador de Pisac, quien me acompañó en mi visita, me dijo que antes la columna o gnomón estaba rodeada por un cinturón de *chumpe* o bronce peruano, de varias pulgadas de ancho que él vió frecuentemente siendo niño (1).

Cerca del templo de Gniterá, en la parte superior del valle del río de Pisco, sobre la cumbre de una estribación de la montaña que se prolonga perpendicularmente al valle, en un punto que domina extensas vistas río arriba y río abajo, lo mismo que el templo, hay otro Inti-huatana, pero en condición ruinoso. En lugar de estar rodeado de muros, lo está por un parapeto cavado en la roca encerrando una área de unos quince pies de diámetro. Otro un tanto semejante al de Pisac dentro de un cuadrado de piedras labradas, domina la gran fortaleza y la antigua ciudad de Ollantaytambo. Todavía otro, labrado en una roca calcárea, existe en la orilla del río Rodadero o Tullumayo, al pie de las terrazas de Colcampata en el Cuzco y tengo por seguro que una roca semejante existía dentro del muro circular del gran templo del Sol, en la ciudad imperial. (2) Este muro está hoy rellenado por detrás del altar mayor de Santo Domingo que ocupa el lugar destinado a la áurea efigie del Sol. Sobre una eminencia enfrente del templo original del Sol, en la isla sagrada de Titicaca hay un Inti-huatana, que parece una formación natural de piedra caliza, modificada

(1) No merecen entera fe las curiosidades que muchos cicerones del juez del señor gobernador de Pisac cuentan a los turistas extranjeros. También hay que desconfiar de los *quid pro quo* que resultan por la mala expresión o interpretación de las referencias; por ejemplo, Squier escribe *chumpe* (hija) en lugar de *chumpe* (bronce) en el párrafo que anotamos. El gnomón de Inti-huatana ha sido destruido por manos de algún desgraciado y siguen siendo despojadas las ruinas de sus pulidos sillares para la construcción de las casas de los mestizos de Pisac.—N. del T.

(2) La torre semi-circular de Machu-Picchu, en un lugar mucho más inaccesible incluye también una roca sagrada, como la de Pisac, destruida en parte, por el fuego. Vide. *The National Geographic Magazine*, April 1913, y no octubre de 1912 como aparece en la nota de la página 53. *Muyumircu*, en la fortaleza de Sacahuaman, quizás fué un Inti-huatana.—N. del T.

considerablemente por la mano del hombre. No necesito citar otros ejemplos. Casi todos los lugares de alguna importancia de las más antiguas comarcas del imperio Incaico parece que tuvieron sus Inti-huatanas.

Garcilaso dice: "*Huata* es una palabra que significa año, y la misma palabra sin cambio alguno en la pronunciación o acento, es un verbo que significa *amaritar*". Inti-huata vendría a ser entonces "Año solar" y según De Velasco quién escribió a fines del siglo pasado, el año solar era distinguido en Quito, precisamente por este nombre del año lunar o Quilla-huata. Es posible que el nombre fuera aceptado en parte por su significación doble y concurrente, y por tanto misteriosa para los espíritus supersticiosos. (1)

Apenas puede dudarse del carácter público, y probablemente religioso de los edificios que rodean el Inti-huatana y ello está comprobado por su situación y peculiaridades de su estructura. Además por todas las referencias acerca de las ideas y progresos astronómicos de los Incas del Perú, sabemos de ciertos dispositivos e invenciones por medio de los cuales determinaban los solsticios y los equinoccios. Los antiguos cronistas Garcilaso de la Vega, Cieza de León, Acosta, Betanzos, Gemelli y otros nos dicen que en las alturas del Cuzco y Quito se edificaron torres según Garcilaso y pirámides, según Betanzos, situadas de tal manera que estudiando las sombras que proyectaban o haciendo observaciones entre ellas podía determinarse con exactitud los períodos de los solsticios y la duración del año solar. Garcilaso dice: que habían dieciseis de estas torres en el Cuzco, siendo la mayor de ellas igual a las torres de vigía en España, situadas ocho al este y ocho al oeste de la ciudad; Acosta afirma que eran doce y según Betanzos fueron cuatro. Según dichos cronistas, a lo que veo, estaban situadas en la colina de Carmenea que domina la ciudad por el Oeste, Garcilaso dice, que aún estaban en pie en 1560. Sin embargo, me fué imposible encontrar ningún rastro de ellas en la citada eminencia.

Los cronistas se refieren además a ciertas columnas sencillas o pilares "para la determinación de los equinoc-

---

(1) Parece que el Sol se aleja de Norte a Sur del 21 de junio al 22 de diciembre y de Sur a Norte del 22 de diciembre al 21 de junio, fechas de los solsticios. Podría interpretarse Inti-huatana traba del Sol para que vuelva del Norte lejano, como un globo anclado?. La imaginación puede ir muy lejos. Véase en un curso de Astronomía: Movimiento aparente del Sol.—N. del T.

cios". Garcilaso nos dice que eran de piedra, riquísimamente labradas, puestas en los patios o plazas que había ante los templos del Sol. Los sacerdotes, cuando sentían que el equinoccio estaba cerca, tenían cuidado de mirar cada día la sombra que la columna hacía. Tenían las columnas puestas en el centro de un cerco redondo muy grande, que tomaba todo el ancho de la plaza o del patio; por medio del patio echaban una raya de Oriente a Poniente y cuando la sombra tomaba la raya medio a medio, desde que salía el sol hasta que se ponía, y que a medio día bañaba la luz del sol toda la columna en derredor, sin hacer sombra a parte alguna decían que aquel día era el equinoccial. Entonces adornaban las columnas con todas las flores y hierbas olorosas que podían haber y ponían sobre ellas la silla del Sol."

Garcilaso se refiere a Cieza de León y Acosta para confirmar sus dichos, pero ellos, no obstante, están muy lejos de hacerlo. Nos dice el segundo que sobre una de las colinas cerca del Cuzco había "doce pilares (en lugar de dieciséis) colocados en orden, a tal distancia uno de otro, que uno de ellos cada mes señalaba la salida y la puesta del sol. Llámabanlos *succanga* y por medio de ellos fijaban las fiestas y las épocas de la siembra y de la cosecha y de otras labores; y ofrecían ciertos sacrificios a estas columnas del sol. "No sé de una palabra tal como *succanga* en la lengua Quechua, y probablemente fué estampada en lugar de *rucana*, "dedo", que haría inteligible su aplicación. Eran manecillas o punteros del Sol. Cieza dice que tales pilares o columnas o torres que él llamaba *torricelli* estaban en la colina de Carmeneca al noroeste del Cuzco y meramente agrega que "servían para mostrar el movimiento del Sol". (1)

Teniendo en cuenta las exageraciones probables y las informaciones erróneas de Garcilaso podemos muy bien creer que las torres de que él habla, los pilares mencionados por Acosta y las *torricelli* de Cieza, eran simplemente Intihuatanas. Esta conclusión está apoyada por el hecho de no haberse encontrado restos de las construcciones que des-

(1) Velasco, en su historia de Quito, afirma que el año se determinaba en aquella ciudad por medio de doce pilares que servían de guanos para marcar el comienzo de cada mes, y que los sacerdotes adornaban el pilar con flores el día en que indicaba el principio de cada mes. Cita a Acosta sobre que en el Cuzco habían doce torres con el mismo objeto. Dice que en Quito habían doce columnas en lugar de cuatro, como en el Cuzco, que marcaban los solsticios, cuando no hacía sombra. Por supuesto quiere decir los equinoccios.—N. del A.

cribe en el cerro de Carmenecca ni en ningún otro de los que rodeaban el Cuzco, en tanto que se encuentran muchas rocas esculpidas y labradas, algunas de las cuales pudieron haber servido o sirvieron efectivamente como Inti-huatanas, sobre los que el Sol parecía detenerse en su carrera o ser atado por un momento y en su paso por el cenit bañarlos con su glorioso resplandor.

Aquí tenemos indudablemente la correcta explicación de los fines del Inti-huatana de Pisac que es un tipo de las "columnas" de que hablan los cronistas, por medio de las cuales determinaban los peruanos las épocas de los solsticios y el paso del sol por el cenit. Los Mexicanos y Centro Americanos, parece que hicieron mayores progresos en la astronomía y en el cómputo del tiempo, que los peruanos.

De las construcciones, sin duda alguna religiosas de las que forma parte el Inti-huatana de Pisac, ascendimos al gran pico central de la fortaleza. La senda es empinada y tortuosa, dominada constantemente por torres, y las secciones más angostas faldean los precipicios que por un lado caen más de mil pies y por el otro se elevan a más de quinientos pies, secciones en que no pueden pasar dos personas de frente y en que se siente vértigos. El visitante tiene que pasar por estas sendas estrechas que desde el valle no parecen sino líneas en el plano del precipicio a cuya altura los cóndores se ciernen sobre el abismo, teniendo que inclinarse hasta rozar la roca con su hombro.

Mis compañeros rehusaron en lo absoluto la travesía y tuve que hacerlo acompañado solamente por un silencioso alguacil. Después de un cuarto de milla de marcha respiré con más libertad porque la repisa artificial en su mayor parte se ensancha un poco y llegamos a una escalera que descendía tal vez ciento cincuenta pies, hasta una pequeña torre que se elevaba como un centinela junto a uno de los rebordes rocosos de la montaña pasado el cual no pudimos ver. Un poco más allá de la torre y perfectamente dominada por sus troneras, la senda está excavada en la cresta de la roca como para no dejar pasar sino a una persona y eso de cuclillas. El acceso del pico central al oriental de la fortaleza sólo es posible por esta senda difícil y peligrosa. El pico central solo es accesible desde los otros picos o divisiones, y por consiguiente sus fortificaciones son menos complicadas. Su parte más alta es una superficie plana de cerca de un cuarto de acre sostenida por muros de piedra labrada, y está, según el barómetro a 4250 pies sobre el río del valle de Yucay. Hay aquí numerosas señales del fuego y es probable que desde este sitio dominante se transmitían por

medio de él las recibidas de las alturas de Paucartambo a las que dominan la capital.

Otra cuchilla estrecha y fortificada conecta la división central de la fortaleza con la occidental que es más baja y que se une a la estribación nevada de los Andes. Es esta quizás la sección más cuidadosamente fortificada de todas. No sólo tiene una gran muralla ciclópea de piedra calcárea a través de la cresta que la une a la montaña principal, cuyas dimensiones apenas son menores que las de Saesahuaman, sino posee además muros interiores, cuarteles fortificados, atalayas y troneras, todo en admirable situación para la defensa, con plazas de armas, graneros habitaciones para los criados y la protección material para una guarnición de dos mil hombres. Existen raros símbolos labrados en las rocas, escalinatas sin objeto, adosadas a las mismas, detalles de *dilettante* en las portadas y otras muchas evidencias del trabajo voluntario en que se entretenía una guarnición ociosa y *ennuvé*. Pero los constructores de esta gran fortaleza no se contentaron con su resistencia evidente y absoluta, sino que construyeron obras exteriores en la montaña de enfrente que el arte militar moderno, con todas sus aplicaciones forzaría con dificultad. Construyeron también acueductos subterráneos para conducir el agua de los riachuelos alimentados por el deshielo, a todo lo largo y ancho de la fortaleza, no solo para la provisión de sus defensores sino además para el riego de los jardines colgantes que edificaron en los flancos de la montaña.

Los muertos fueron sepultados en el cerro de la orilla opuesta de la quebrada precipitosa que aísla el promontorio de la montaña principal, en gran número de nichos y grietas, bajo los estratos de arenisca y calcáreo, en filas superpuestas de cavidades únicas o cámaras múltiples embarradas como nidos de golondrinas. El risco literalmente moteado por las blancas tumbas, en toda su longitud de una milla y su altura de centenares de pies, se llama Tanta-na Marca [El Despeñadero de las Lamentaciones). Algunas de las tumbas fueron muy bien construídas de piedra labrada, socavando la roca, pero han sido destruídas y despojadas. Muchas de las otras han sido también profanadas, pero la mayor parte permanece intacta. Contienen los cuerpos disecados de los difuntos en actitud de estar sentados con la cabeza apoyada entre las manos y los codos sobre las rodillas envueltos en telas burdas de algodón o en esteras de enea rodeados con unos cuantos utensilios del menaje doméstico. El aire seco y enrarecido de estas

alturas obra sobre las momias casi lo mismo que el aire seco y el terreno arenisco y nitroso de la costa. Cualquiera carne se seca y endurece aquí cuando se la protege de la lluvia, y encerrado en tumbas como las del Precipicio de las Lamentaciones los cadáveres pueden conservarse por muchos siglos.

Podría intentar la descripción de las características peculiares e interesantes de la gigantesca fortaleza de Pisac, pero por mucho que me extendiera al respecto no podría dar una idea cabal de su extensión y solidez de la habilidad en el plan y la maestría en la ejecución de que hicieron lujo sus constructores. El objeto es semejante al de las fortalezas de Sacsahuaman y Piquillacta de las que me he ocupado, pero el plano es diferente. Tomadas en conjunto todas ellas, ilustran el sistema general de obras defensivas que construyeron los antiguos peruanos. (1)

---

(1) Véase las notas de las páginas 40, 85 y 89.

## CAPITULO XXVI

*Del Cuzco a la Costa.—Trasmontando  
la Cordillera.*

Partida del Cuzco.—Nuestros mejores caballos, el Nevado y Napoleón.—La Llanura y el pueblo de Anta.—Surito y el empleado de la posta.—Limatambo y sus ruinas.—Mollepata.—Custodiando nuestros animales durante la noche.—Sendas de la Montaña.—Peligros del camino.—Cerca de La Banca.—Un acueducto construido sobre arcos.—El teniente empleado de la posta.—Alcoholismo y Cretinismo.—La Hacienda de Bella Vista—Su excelente propietaria.—Esperando mulas.—El artista tiene miedo de pasar el puente colgante de Apurimac.—Otra vez en La Banca.—Demoras por cuestión de mulas.—Gesticulando con los labios.—Nuestra huéspedada viene en nuestro socorro.—El dibujante se separa de nosotros.—Los antiguos caminos incaicos.—Relatos exagerados acerca de ellos.—Han debido seguir las rutas actuales.—Caracteres del camino del Cuzco a Yucay.—Obstáculos de los viajes en las cordilleras.—Los ríos.—Pocos puentes de piedra.—Puentes colgantes de mimbres.—Cómo se construyen y conservan en la actualidad.—El gran puente colgante sobre el Apurimac.—Acceso al puente.—Sus verdaderas dimensiones.—Paso del puente.—El túnel de enfrente.—Encuentro con una piara de mulas.—Curahuasi.—Esperando al artista.—Un extraño visitante.—Buscando al artista.—Últimas noticias de su destino.—Abancay.—Petroglifo de Concacha.—Inti-huatana cerca de Abancay.—Puente de piedra sobre el Pachachaca.—Andahuaylas.—Talavera.—Moyobamba.—Un viaje borrascoso.—Chinchero.—Puente colgante sobre el río Pampas.—Oceras.—Ayacucho antes Guamanga.—El campo de batalla de 9 de Diciembre de 1824.—Palacio subterráneo con estatuas en Quínuá.—La Cordillera de la Costa.—A través del des poblado.—Un viaje de cinco días.—Se pierden nuestras mulas.—Una peligrosa aventura nocturna.—La posada de San Antonio.—Primera vista del Pacífico.—Descenso a la Costa.—Llegada a Pisco.—De Lima hacia la Patria.

Era una mañana brillante y deliciosa cuando dije mi último adiós al Cuzco imperial donde había pasado tantas semanas con el mismo interés con que comencé mis exploraciones al día siguiente de mi llegada. Pero mi trabajo estaba concluido y deberes imperativos me llamaban a otros campos de acción y a la patria lejana. Tenía por en medio

elevadas montañas que escalar, grandes ríos que cruzar, y más allá las aguas casi sin fin de dos océanos que me separaban del patrio suelo.

Aunque la mañana era hermosa y diáfana no pudimos partir antes de las doce. Fuimos acompañados, hasta la distancia de una legua por una gran cabalgata de amigos, quienes nos desearon un buen viaje. Llevaron éstos una gran provisión de cerveza con la cual algunos de ellos se excitaron tanto que fué sin pena que me despedí de ellos y comenzamos nuestra jornada con verdadera seriedad.

Además de H iban conmigo D y C, ingenieros al servicio del gobierno que regresaban a Lima. Antes de salir del Cuzco el coronel Vargas nos proporcionó para mí y para D dos excelentes caballos escogidos de entre los suyos. Eran preciados por haber hecho ya dos veces el viaje difícil y penoso a la Costa, experiencia arriesgada para bestias criadas en la Sierra. El mío era un bayo obscuro con manchas blancas en la espalda, a manera de copos de nieve, y se llamaba por ello "El Nevado". Era un animal gentil, inteligente y fuerte, al cual quedé profundamente apegado. El otro era tordillo no tan manso, pero de igual resistencia, llamado por algún capricho "Napoleón". Ambos eran de igual procedencia, inseparables estando en libertad y desgraciados con la separación. Mi maravilloso rifle de retrocarga que excitó el asombro y la admiración de todo el Perú, tenía que ser enviado al coronel Vargas a mi llegada a Lima.

Por cuatro leguas el camino pasa por un valle pequeño que conduce a la Pampa de Anta. La población de este nombre está sobre un cerro o promontorio que se proyecta hacia la llanura, la cual es baja, ancha y en algunas partes cenagosa. Fué en esta llanura, llamada también Xa Xa que Almagro el joven fué derrotado, hecho prisionero y enseguida conducido al Cuzco para ser ejecutado en la plaza mayor (1). Al mediodía llegamos a Surite, a tres leguas de Anta, sobre la llanura y encontramos al jefe de la posta, borracho y de mal humor, y aunque estábamos acompañados por un mensajero especial del subprefecto, nada pudimos conseguir de él. Dejamos a D y a C. con los muchachos y con H nos adelantamos a Limatambo para examinar las ruinas del lugar mientras llegaran los otros.

En la divisoria de las aguas que van al Vilcanota de las que van al Apurímac, se contempla un magnífico pano-

(1) Véase la nota de la página 45.—N. del T.